

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 23

2 DE AGOSTO DE 1874.

AÑO 1.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS,

HISTORIA VERDADERA DE UN SUCEDIDO QUE ANDA EN ROMANCES,
ESCRITA AHORA TAL Y COMO PASÓ

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON,

bachiller en filosofía y teología, etc., etc.

Al Señor Don JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR,
poeta granadino, dedica esta obra

EL AUTOR.

PREFACIO.

Pocos españoles, aun contando á los ménos sabidos y leídos, desconocerán la historieta vulgar que sirve de fundamento á la presente obrilla.

Un záfio pastor de cabras, que nunca habia salido de la escondida cortijada en que naciera, fué el primero á quien nosotros se la oimos referir. Era el tal uno de aquellos rústicos, sin ningunas letras, pero naturalmente ladinos y bufones, que tanto papel hacen en nuestra literatura nacional con el dictado de *pícaros*. Siempre que en la cortijada habia fiesta con motivo de una boda, de un bautizo ó de una visita de los amos, tocábale á él poner los juegos de chasco y pantomima, hacer las payasadas y recitar los romances y relaciones..., y precisamente en una ocasion de estas (hace ya casi toda una vida... es decir, hace ya más de treinta y cinco años) fué cuando deslumbró y embelesó una noche nuestra inocencia (relativa) con el cuento en verso de *El Corregidor y la Molinera*, ó sea de *El Molinero y la Corregidora*, que hoy ofrecemos nosotros al público bajo el nombre más trascendental y filosófico (pues así lo requiere la gravedad de estos tiempos) de *El Sombrero de tres picos*.

Recordamos, por cierto, que la noche en que el pastor nos dió tan buen rato, las muchachas casaderas allí reunidas se pusieron

muy coloradas, de donde sus madres dedujeron que la historia era algo verde, por lo cual pusieron ellas al pastor de oro y azul; pero el pobre *Repela* (así se llamaba el pastor) no se mordió la lengua, y contestó en el acto que no habia por qué escandalizarse de aquel modo, pues nada se decia en su relacion que no supiesen hasta las monjas y hasta las niñas de cuatro años...

—Y si no, vamos á ver,—preguntó el cabrero;—¿qué se saca en claro de la historia de *El Corregidor y la Molinera*? Que los casados duermen juntos y que á ningun marido le acomoda que otro hombre duerma con su mujer. ¡Me parece que la noticia!...

—¡Pues es verdad!—respondieron las madres, oyendo las carcajadas de sus hijas.

—La prueba de que el tío *Repela* tiene razon—observó en esto el padre del novio,—es que todos los chicos y grandes aquí presentes se han enterado ya de que esta noche, así que se acabe el baile, Juanete y Manolilla estrenarán esa hermosa cama de matrimonio que la tía Gabriela acaba de enseñarles á nuestras hijas para que admiren los bordados de los almohadones...

—Hay más,—dijo el abuelo de la novia.—Hasta en el libro de la doctrina cristiana y en los sermones se habla á los niños de todas estas cosas tan naturales, al ponerlos al corriente de la larga esterilidad de nuestra señora Santa Ana, de la virtud del casto José, de la estratagema de Judit y de otros muchos milagros que no recuerdo ahora... Por consiguiente, señores...

—¡Nada, nada, tío *Repela*!—exclamaron valerosamente las muchachas.—¡Diga usted otra vez su relacion, que es muy divertida!

—¡Y hasta muy decente!—continuó el abuelo;—pues en ella no se le aconseja á nadie que sea malo, ni se le enseña á serlo, ni queda sin castigo el que lo es...

—¡Vaya! ¡repítala V.!—dijeron al fin las madres de familia.

El tío Repela volvió entonces á recitar el romance, y considerándolo ya todos á la luz de aquella crítica tan ingénuu, hallaron que no había pero que ponerle; lo cual equivale á decir que le concedieron las licencias necesarias.

* * *

Andando los años, hemos oido muchas y muy diversas versiones de aquella misma aventura de *El Molinero y la Corregidora*, siempre de labios de *gracioso* de aldea y de cortijo, por el orden del ya difunto Repela; habiéndola leído además en letras de molde en diferentes romances de ciego, y hasta en el famoso *Romancero* del inolvidable D. Agustín Durán. El fondo del asunto es siempre idéntico: tragi-cómico, zumbón y terriblemente epigramático, como todas las lecciones dramáticas de moral de que se enamora nuestro pueblo; pero, en la forma, en el mecanismo accidental, en los procedimientos casuales, difiere mucho, muchísimo, del que relataba nuestro pastor; tanto, que éste no hubiera podido recitar en la cortijada ninguna de dichas versiones, ni aún aquellas que corren impresas, sin que ántes se tapasen los oídos las muchachas en estado honesto, ó sin exponerse á que sus madres le sacaran los ojos. ¡A tal punto han extremado y pervertido los groseros patanes de otras provincias el caso tradicional que tan sabroso, discreto y pulcro resultaba en la version del clásico Repela!

Hace, pues, mucho tiempo que concebimos el propósito de restablecer la verdad de las cosas, devolviendo á la peregrina historia de que se trata su primitivo carácter, que nunca dudamos fuera aquel en que salía mejor librado el decoro. Ni ¿cómo dudarle? Esta clase de relaciones, al rodar por las manos del vulgo, nunca se desnaturalizan para hacerse más bellas, delicadas y decentes, sino para estropearse y percudirse al contacto de la ordinariéz y la chabacanería.

Lo primero que hicimos con aquel intento fué *cederle el asunto* (como se dice entre escritores) á nuestro querido y malogrado amigo D. José Joaquín Villanueva, que se enamoró perdidamente de él, y que tan á pedir de boca lo hubiera desempeñado

con aquella sana y castiza pluma que escribió las *Avispas* y la *Franqueza*. Pero, ¡ay! Villanueva murió, cuando diz que apenas llevaba bosquejado el principio de una zarzuela titulada *El que se fué á Sevilla...* (cuyo argumento era el mismo de la presente obra), y todo se quedó en tal estado hasta el año de 1866.

Regresó entonces á España, después de su larga permanencia en Méjico, el ilustre poeta D. José Zorrilla, y como llegásemos á referirle en uno de nuestros largos coloquios literarios la historia de *El Molinero y la Corregidora*, según que nos la había legado Repela, prendóse también del asunto el popular autor de *D. Juan Tenorio*, é hízonos entrever la posibilidad de que lo convirtiera inmediatamente en una comedia de *espada y polvos*, que ya creíamos estar saboreando desde butaca de primera fila.

Pero han pasado ocho años, y Zorrilla no se ha vuelto á acordar del corregimiento ni del molino. Nosotros nos vamos haciendo viejos entre tanto, y podremos seguir á Repela á la tumba el día que más descuidados estemos...—Es una cosa que se ve todos los días. Ahora se vive poco. Villanueva, Agustín Bonnat, Javier Ramírez, Becquer, Eguilaz... eran casi de nuestra edad, y ya no están en el mundo...—Hemos decidido, por consiguiente, escribir nosotros mismos en nuestra humilde prosa la genuina historia de *El Corregidor y la Molinera*, más que con la presunción de dar por realizado nuestro deseo y por concluida la tan suspirada obra, con el modesto fin de apuntar y divulgar su argumento, para que otras plumas puedan sacar de él mejor partido.—¡A no habernos quedado sin ninguna copia del romance de Repela, ó á ser nosotros hombres de más memoria, nos hubiéramos limitado á darlo á la estampa!

* * *

Otra advertencia, y concluimos este indigesto prefacio.

Cada uno de los muchos romances que circulan por toda España, ya de boca en boca, ó ya impresos, con relación á la molinera y á la corregidora, fija el lugar de la escena en un pueblo distinto.

El incluido en el *Romancero* de D. Agus-

tin Durán (tomo II, pág. 409, sección de Cuentos vulgares) la pone en la ciudad de Arcos de la Frontera, y así es que se titula *El Molinero de Arcos*.

Hay otro, también impreso, que venden los ciegos, que principia de este modo:

En Jerez de la Frontera

Hubo un molinero honrado, etc.

Nuestro insigne maestro (¿de quién no lo es?) D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con quien hemos tenido á honra consultar acerca del particular, nos ha dicho unas coplejas populares asaz verdes y hasta coloradas que sabe de memoria (¿qué no sabrá de memoria el erudito académico?), en las cuales se hace también mención de esta última ciudad como patria del molinero.

En Jerez de la Frontera

Un molinero afamado...

es el comienzo de la primera copla.

Los campesinos extremeños suelen colocar la acción en Plasencia, en Cáceres y en otras ciudades de su país.

Y finalmente, en el romance de *Repela* no se cita pueblo alguno como teatro de los sucesos.

En tal situación, y considerando que *Repela* nació, vivió y murió en la provincia de Granada; que su versión parece la auténtica y fidedigna, y que aquella es la tierra que mejor conocemos nosotros, nos hemos tomado la licencia de figurar que sucedió el caso en una ciudad, que no nombramos, del antiguo reino granadino.

Perdónesenos esta falta, y todas las demás en que abunda la presente historia.—

I.

De cuándo sucedió la cosa.

Comenzaba este largo siglo, que ya va de vencida.—No se sabe fijamente el año: sólo consta que era después del de 4 y antes del de 8.

Reinaba, pues, todavía en España don Carlos IV de Borbon,—por la gracia de Dios, según las monedas, y por un olvido ó gracia especial de Bonaparte, según los boletines franceses.—Los demás soberanos europeos descendientes de Luis XIV habían perdido ya la corona (y el jefe de ellos la

cabeza) en la deshecha borrasca que corría esta vieja parte del mundo desde 1789.

Ni paraba aquí la singularidad de nuestra patria en aquellos tiempos. El soldado de la revolución, el hijo de un oscuro abogado corso, el vencedor de Rívoli, de las Pirámides, de Marengo y de otras cien batallas acababa de ceñirse la corona de Carlomagno y de transfigurar completamente la Europa, creando y suprimiendo naciones, borrando fronteras, inventando dinastías, y haciendo mudar de forma, de nombre, de sitio, de costumbres y hasta de traje á los pueblos por donde pasaba con su corcel de guerra como un terremoto animado, ó como el Antecristo, que le llamaban las potencias del Norte...—Sin embargo, nuestros padres (Dios los tenga en su santa gloria), lejos de odiarlo ó de temerle, complaciáanse aún en ponderar sus descomunales hazañas, como si se tratase del héroe de un libro de caballería ó de cosas que sucedían en otro planeta, sin que ni por asomos se les ocurriese que pensara nunca en venir por acá á intentar las atrocidades que había hecho en Francia, Italia, Alemania y otros países. Una vez por semana (y dos á lo sumo) llegaba el correo de Madrid á la mayor parte de las poblaciones importantes de la Península, llevando siete números de la *Gaceta*, y por ellos sabían las personas principales (suponiendo que la *Gaceta* hablase del particular) si existía un Estado más ó menos allende el Pirineo, si se había reñido una batalla en que peleasen seis ú ocho reyes y emperadores, y si NAPOLEON se hallaba en Milán, en Bruselas ó en Varsovia...—Por lo demás, nuestros mayores seguían viviendo á la antigua española, sumamente despacio, apegados á sus rancias costumbres, en paz y en gracia de Dios, con su Inquisición y con sus frailes, con su pintoresca desigualdad ante la ley, con sus privilegios, fueros y exenciones, con su carencia de toda libertad municipal ó política, gobernados simultáneamente por insignes obispos y poderosos corregidores (cuyas respectivas potestades no era muy fácil deslindar, pues unos y otros se metían en lo temporal y en lo eterno), y pagando diezmos, primicias, alcabalas, subsidios, limos-

nas y mandas forzosas, rentas, rentillas, capitaciones, tercias reales, gabelas, frutos civiles y hasta cincuenta tributos más, cuya nomenclatura no viene á cuento ahora.

Y aquí termina todo lo que la presente historia tiene que ver con la militar y política de aquella época; pues nuestro único objeto, al recordar lo que entónces sucedía en el mundo, ha sido venir á parar á que el año de que se trata (supongamos que el de 1805) imperaba todavía en España el antiguo régimen en todas las esferas de la vida pública y particular, como si en medio de tantas novedades y trastornos el Pirineo se hubiese convertido en otra muralla de la China.

II.

De cómo vivía entónces la gente.

En Andalucía, por ejemplo (pues precisamente aconteció en una ciudad de Andalucía lo que vais á oír), las personas de *suposicion* continuaban levantándose muy temprano, yendo á la catedral á misa de prima, aunque no fuese *dia de precepto*; almorzando á las nueve un huevo frito y una jícara de chocolate con picatostes; comiendo de una á dos de la tarde puchero y principio, si habia caza, y si no, puchero sólo; durmiendo la siesta despues de comer; paseando luego por el campo; yendo al rosario entre dos luces á su respectiva parroquia; tomando otro chocolate á la oracion (éste con bizcochos); asistiendo los muy encopetados á la tertulia del corregidor, del dean ó del título que residía en el pueblo; retirándose á casa á las ánimas; cerrando el porton ántes del toque de la *queda*; cenando ensalada y guisado por antonomasia, si no *habian entrado* boquerones frescos, y acostándose incontinenti con su señora,—no sin hacerse calentar ántes la cama durante nueve meses del año...

¡Dichosísimo tiempo aquel en que nuestra tierra seguía en quieta y pacífica posesion de todas las telarañas, de todo el polvo, de toda la polilla, de todos los respetos, de todas las creencias, de todas las tradiciones, de todos los usos y de todos los abusos santificados por los siglos! ¡Dichosísimo tiempo aquel en que habia en la

sociedad humana variedad de clases, de afectos y de costumbres! ¡Dichosísimo tiempo digo... para los poetas especialmente, que encontraban una leyenda, un cuento, una comedia, un drama, una novela, un sainete, un entremés, un auto sacramental ó una epopeya detrás de cada esquina, en vez de esta prosáica uniformidad y desabrido realismo que nos legó al cabo la revolucion francesa!—¡Dichosísimo tiempo, sí...

Pero esto es volver á las andadas: basta ya de generalidades y de circunloquios, y entremos resueltamente en la historia del *Sombrero de tres picos*.

III.

Do ut des.

En aquel tiempo, pues, habia cerca de la ciudad de *** (perteneciente al reino de Granada, y cabeza de corregimiento) un magnífico molino harinero (que ya no existe), situado como á un cuarto de legua de la poblacion, en un delicioso paraje, entre una colina poblada de guindos y cerezos y una fertilísima huerta que servía de márgen (y algunas veces de lecho) á un traicionero é intermitente rio.

Por varias y diversas razones, hacia ya algun tiempo que aquel molino era el predilecto punto de llegada y descanso de los paseantes más caracterizados de la mencionada ciudad...—Primeramente, conducía á él un camino carretero, ménos intransitable que los restantes de aquellos contornos.—En segundo lugar, delante del molino habia una plazoletilla empedrada, cubierta por un parral enorme, debajo del cual se tomaba muy bien el fresco en el verano, y el sol en el invierno, merced á la alternada ida y venida de los pámpanos...—En tercer lugar, el molinero era un hombre muy respetuoso, muy discreto, muy fino, que tenia lo que se llama dón de gentes, y que obsequiaba á los señorones que solian honrarlo con su tertulia vespertina, ofreciéndoles... lo que daba el tiempo; ora habas verdes, ora cerezas y guindas, ora lechugas en rama y sin sazonar, que están muy buenas cuando se las acompaña de macarros de pan de aceite (macarros que se

encargaban de enviar por delante sus señorías), ora melones, ora uvas de aquella misma parra que les servía de dosel, ora *rosetas* de maiz, si era invierno, y castañas asadas, y almendras, y nueces, y, de vez en cuando, en las tardes muy frías, un trago de vino de pulso (dentro ya de la casa y al amor de la lumbre), á lo que por Pascuas se solía añadir algún pestiño, algún mantecado, algún rosco, ó alguna lonja de jamon alpujarreño.

—¿Tan rico era el molinero, ó tan imprudentes sus tertulianos?—exclamareis, interrumpiéndome.

Ni lo uno ni lo otro. El molinero sólo tenía un pasar, y aquellos caballeros eran la delicadeza y el orgullo personificados. Pero en un tiempo en que se pagaban cincuenta y tantas contribuciones diferentes á la Iglesia y al Estado, poco arriesgaba un rústico de tan claras luces como aquel en tenerse ganada la voluntad de regidores, canónigos, frailes, escribanos y demas personas de campanillas. Así es, que no faltaba quien dijese que el tío Lucas (tal era el nombre del molinero) se ahorra un dineral al año á fuerza de agasajar á todo el mundo.—«Vuestra merced me va á dar aquella puercecilla vieja de la casa que ha derribado», le decía á uno.—«Vuestra señoría (le decía á otro) va á mandar que me rebajen el subsidio, ó la alcabala, ó la contribucion de frutos civiles.»—«Vuestra reverencia me va á dejar coger en la huerta del convento una poca hoja para mis gusanos de seda.»—«Vuestra ilustrísima me va á dar permiso para traer una poca leña del monte X.»—«Vuestra paternidad me va á poner una carta para que me permitan cortar una poca madera en el pinar H.»—«Es menester que me haga usarcé una escriturilla que no me cueste nada.»—«Este año no puedo pagar el censo.»—«Espero que el pleito se falle á mi favor.»—«Hoy le he dado de bofetadas á uno y creo que debe ir á la cárcel por haberme provocado.»—«¿Tendría su merced tal cosa de sobra?»—«¿Le sirve á V. de algo tal otra?»—«¿Me puede prestar la mula?»—«¿Tiene ocupado mañana el carro?»—«¿Le parece que envíe por el burro?»...

Y estas canciones se repetían á todas ho-

ras, obteniendo siempre por contestacion un generoso «*Como se pide.*»

Conque ya veis que el tío Lucas no estaba en camino de arruinarse.

IV.

Una mujer vista por fuera.

La última y acaso la más poderosa razon que tenía el señorío de la ciudad para frecuentar por las tardes el molino del tío Lucas, era... que, así los clérigos como los seculares, empezando por el señor obispo y el señor corregidor (que tampoco se desdeñaban de visitarlo), podían contemplar allí á sus anchas una de las obras más bellas, más graciosas y más admirables que hayan salido jamás de las manos de Dios,—llamado entonces el *Sér Supremo* por Jovellanos y toda la escuela afrancesada de nuestro país...—Esta obra era la seña Frasquita.

Empiezo por responderos de que la seña Frasquita, legítima esposa del tío Lucas, era una mujer de bien, y de que así lo sabían todos los ilustres visitantes del molino. Digo más: ninguno de éstos daba muestras de considerarla con ojos concupiscentes ni con intencion pecaminosa. Admirábanla, sí, y requiebriábanla en ocasiones (delante de su marido, por supuesto) lo mismo los frailes que los caballeros, los canónigos que los golillas, como un prodigio de belleza que honraba á su Criador, y como una diablesa de travesura y coquetería que alegraba inocentemente los espíritus más melancólicos.—«Es un *hermoso animal*»—solía decir el virtuosísimo prelado.—«Es una estatua de la antigüedad helénica»—observaba un abogado muy erudito, académico correspondiente de la Historia.—«Es la propia estampa de Eva»—prorumpía el prior de los franciscanos.—«Es una real moza»—exclamaba el coronel de milicias.—«Es una sierpe, una sirena, un demonio»—añadía el corregidor.—«Pero es una buena mujer, es un ángel, es una criatura, es una chiquilla de cuatro años»—acababan por decir todos, al regresar del molino, atiborrados de uvas ó de nueces, en busca de sus tétricos y metódicos hogares.

La chiquilla de cuatro años, esto es, la seña Frasquita, frisaría en los treinta. Tenía más de cinco piés de estatura, y era recia á

proporción, ó quizás más gruesa todavía de lo correspondiente á su arrogante talla. Parecía una Niove colosal, y eso que no había tenido hijos; parecía una Hércules-hembra; parecía una matrona romana de las que aún se ven ejemplares en el Trastevere.—Pero lo más notable en ella era la movilidad, la ligereza, la animación, la gracia de su respetable mole. Para ser una estatua como pretendía el académico, le faltaba el reposo monumental. Se cimbraba como un junco, giraba como una veleta, bailaba como una peonza. Su rostro era más movable todavía, y por lo tanto ménos escultural: avivábanlo donosamente hasta cinco hoyuelos; dos en una mejilla, otro en otra, otro muy chico cerca de la comisura izquierda de sus rientes labios, y el último, muy grande, en medio de su redonda barba. Añadid á esto los picarescos mohines, los graciosos guiños y las variadas posturas de cabeza que amenizaban su conversacion, y formareis idea de aquella cara llena de sal y de hermosura, y rebosante siempre de salud y de alegría.

Ni la señá Frasquista ni el tío Lúcas eran andaluces: ella era navarra y él murciano. El había ido á la ciudad de ***, á la edad de quince años, como medio paje, medio criado del obispo anterior al que entónces gobernaba aquella Iglesia, y su señor le dejó á su muerte aquel molino. El tío Lúcas sirvió luego al Rey; hizo en 1793 la campaña de los Pirineos occidentales, como ordenanza del valiente general D. Ventura Caro; asistió al asalto de Castillo-Piñon; y permaneció largo tiempo en las provincias del Norte, donde tomó la licencia absoluta. En Estella conoció á la señá Frasquita, que entónces sólo se llamaba Frasquita; la enamoró; se casó con ella, y se la llevó al reino de Granada en busca de aquel molino que había de verlos tan pacíficos y dichosos durante el resto de su peregrinacion por este valle de lágrimas y risas.

La señá Frasquita, pues, trasladada de Navarra á aquella soledad, no había adquirido ningun hábito andaluz, y se diferenciaba mucho de las mujeres campesinas de los contornos. Vestía con más sencillez, desenfado y elegancia que ellas; lavaba más sus carnes y permitía al sol y al aire acariciar

sus arremangados brazos y su descubierta garganta. Usaba hasta cierto punto el traje de las señoras de aquella época, el traje de las mujeres de Goya, el traje de la reina María Luisa; si no falda de medio paso, falda de un paso solo, sumamente corta, que dejaba ver sus menudos piés y el arranque de su soberana pierna: llevaba el escote redondo y bajo al estilo de Madrid, donde se detuvo dos meses con su Lúcas al trasladarse de Navarra á Andalucía; todo el pelo recogido en lo alto de la coronilla, lo cual dejaba campear la gallardía de su cabeza y de su cuello; sendas arracadas en las diminutas orejas, y muchas sortijas en los ya celebrados dedos de sus duras pero limpias manos.—Por último, la voz de la señá Frasquita tenía todos los tonos del más extenso y melodioso instrumento, y su carcajada era tan alegre y argentina que parecía un repique de sábado de gloria.

Retratemos ahora al tío Lúcas.

V.

Un hombre visto por fuera y por dentro.

El tío Lúcas era más feo que Picio. Lo había sido toda su vida, y ya tenía cerca de cuarenta años. Sin embargo, pocos hombres tan simpáticos y agradables habrá echado Dios al mundo. Prendado de su viveza, de su ingenio y de su gracia, el difunto obispo se lo pidió á sus padres, que eran pastores, no de almas, sino de verdaderas ovejas, á fin de darle educación y dedicarlo á la carrera eclesiástica. Muerto Su Ilustrísima, y dejado que hubo el mozo, voluntariamente, el seminario por el cuartel, distinguiólo entre todo su ejército el general Caro, y lo hizo su ordenanza más íntimo, su verdadero criado de campaña. Cumplido, en fin, su empeño militar, fuéle tan fácil al tío Lúcas rendir el corazón de la señá Frasquita, como fácil le había sido captarse el aprecio del general y del prelado. La navarra, que tenía á la sazón veinte abriles, y era el ojo derecho de todos los mozos de Estella, algunos de ellos bastante ricos, no pudo resistir á los continuos donaires, á las chistosas ocurrencias, á los ojillos de enamorado mono y á la bufona y constante sonrisa, llena de malicia, pero también de dulzura, de aquel murciano tan

atrevido, tan locuaz, tan avisado, tan dispuesto, tan valiente y tan gracioso, que acabó por trastornar el juicio no sólo á la codiciada beldad, sino tambien á su padre y á su madre.

Lúcas era en aquel entónces, y seguia siendo en la fecha á que nos referimos, de pequeña estatura (á lo ménos con relacion á su mujer), un poco cargado de espaldas, muy moreno, barbilampiño, narigon, orejudo y picado de viruelas. Unicamente su boca era regular y su dentadura inmejorable. Díjérase que sólo la corteza de aquel hombre era tosca y fea, y que tan luego como empezaba á penetrarse dentro de él aparecian sus perfecciones, y que estas perfecciones principiaban en sus dientes. Luego venia la voz, que era vibrante, elástica, atractiva; varonil y grave unas veces, dulce y melosa cuando pedia algo, y siempre difícil de resistir. Llegaba despues lo que aquella voz decia: todo oportuno, discreto, ingenioso, persuasivo...—Y por último, en el alma del tio Lúcas habia valor, lealtad, honradez, sentido comun, deseo de saber y conocimientos intuitivos ó empíricos de muchas cosas, un profundo desden á los necios, cualquiera que fuese su categoría social, y cierto espíritu de ironía, de burla y de sarcasmo que le hacian pasar, á los ojos del académico, por un D. Francisco de Quevedo en bruto.

Tal era por dentro y por fuera el tio Lúcas.

VI.

Habilidades de los dos cónyuges.

Amaba, pues, locamente la señá Frasquita al tio Lúcas, y considerábase la mujer más feliz del mundo en verse adorada por él. No tenian hijos, segun que ya sabemos, y habíase dedicado el uno á cuidar y mimar al otro con un esmero indecible; pero sin que aquella solicitud y ternura revistiese el carácter sentimental y empalagoso, por lo zalamero, de casi todos los matrimonios sin sucesion. Por el contrario, tratábanse con una llaneza, una alegría, una broma y una confianza semejantes á las de los niños, camaradas de juegos y de diversiones; los cuales se quieren con toda el alma sin decirselo jamás, ni darse á sí mismos cuenta de lo que sienten.

¡Imposible que haya habido sobre la tierra molinero mejor tratado, mejor vestido, más regalado en la mesa, rodeado de más comodidades en su casa que el tio Lúcas! ¡Imposible que ninguna molinera ni ninguna reina haya sido objeto de tantas atenciones, de tantos agasajos, de tantas finezas como la señá Frasquita! ¡Imposible tambien que ningun molino haya encerrado tantas cosas útiles, agradables, recreativas, necesarias y hasta supérfluas como el que va á servir de teatro á casi toda la presente historia!

Contribuia mucho á ello que la señá Frasquita, la pulcra, hacendosa, fuerte y saludable navarra, sabia y podia guisar, coser, bordar, barrer, hacer dulces, lavar, planchar, blanquear su casa, fregar el cobre, amasar, tejer, hacer media, cantar, bailar, tocar la guitarra y los palillos, jugar á la brisca y al tute, y otras muchísimas cosas cuya relacion fuera interminable.—Y contribuia no ménos al mismo resultado el que el tio Lúcas sabia dirigir la molienda, cultivar el campo, cazar, pescar, trabajar de carpintero, de herrero y de albañil, ayudarle á su mujer en todos los quehaceres de la casa; leer, escribir, contar, etc., etc.

Y esto sin hacer mencion de los ramos de lujo, ó sea de sus habilidades extraordinarias.

Por ejemplo: El tio Lúcas adoraba las flores (lo mismo que su mujer) y era un floricultor tan consumado que habia llegado á producir ejemplares nuevos por medio de laboriosas combinaciones. Tenia algo de ingeniero natural, y lo habia demostrado construyendo una presa, un sifon y un acueducto que triplicaron el agua del molino. Habia enseñado á bailar á un perro, domesticado una culebra, y hecho que un loro diese la hora por medio de gritos, segun las iba marcando un reloj de sol que el molinero habia trazado en una pared; de cuyas resultas el loro daba ya la hora con toda precision hasta en los dias nublados y durante la noche.

Finalmente, en el molino habia una huerta, que producía toda clase de frutas y legumbres; un estanque, encerrado en una especie de kiosko de jazmines, donde se bañaban en el verano el tio Lúcas y la señá Frasquita; un jardin; una estufa ó invernadero para las

plantas exóticas; una fuente de agua potable; dos burras, en que el matrimonio iba á la ciudad ó á los pueblos de las cercanías; gallinero; palomar; pajarera; criadero de peces; criadero de gusanos de seda; colmenas, cuyas abejas libaban en los jazmines; jaraiz ó lagar, con su bodega correspondiente, ambas cosas en miniatura; horno, telar, fragua, taller de carpintería, etc., etc.; todo ello reducido á una casa de ocho habitaciones y á dos fanegas de tierra, y tasado en la cantidad de diez mil reales.

VII.

El fondo de la felicidad.

Adorábanse, sí, locamente el molinero y la molinera, y aún se hubiera creído que ella lo quería más á él que él á ella, á pesar de ser él tan feo y ella tan hermosa. Dígolo porque la señá Frasquita solía tener celos y pedirle cuentas al tío Lúcas cuando éste se tardaba mucho en regresar de la ciudad ó de los pueblos adonde iba por trigo, mientras que el tío Lúcas veía hasta con gusto las atenciones de que era objeto la señá Frasquita por parte de los señores que frecuentaban el molino; se ufanaba y regocijaba de que todos la encontrasen tan hechicera como él; y, aunque comprendía que en el fondo del corazón se la envidiaban algunos de ellos, la codiciaban como simples mortales, y hubieran dado cualquier cosa porque fuese ménos mujer de bien, la dejaba sola días enteros sin el menor cuidado, y nunca le preguntaba luego qué había hecho ni quién había estado allí durante su ausencia...

No consistía aquello, sin embargo, en que el amor del tío Lúcas fuese ménos vivo que el de la señá Frasquita. Consistía en que él tenía más confianza en la virtud de ella que ella en la de él; consistía en que él la aventajaba en penetración y sabía hasta qué punto era amado y todo lo que su mujer se respetaba á sí misma; y consistía en que el tío Lúcas era todo un hombre; un hombre como el de Shakspeare, de pocos é indivisibles sentimientos; incapaz de duda; que creía ó moría; que amaba ó mataba; que no admitía gradación ni tránsito entre la suprema felicidad y el exterminio

de su dicha.—Era un *Otelo* de Múrcia, con alpargatas y montera, en el primer acto de una tragedia posible.

Pero ¿á qué estas notas lúgubres en una tonadilla tan alegre? ¿A qué estos relámpagos fatídicos en una atmósfera tan serena? ¿A qué estas reminiscencias trágicas en una historia de género?

Vais á saberlo inmediatamente.

P. A. DE ALARCON.

(La continuacion en el próximo número.)

LA GUERRA CIVIL EN AMÉRICA.

(Conclusion.) *

III.—LA ESCLAVITUD.

Antes de mostrar la república americana dividida en dos fracciones hostiles y de exponer la organización de las fuerzas que iban á combatir en su suelo para asegurar la primacía, sea de las instituciones esclavistas del Sur, sea de la sociedad libre del Norte, es necesario responder á la pregunta que se hará todo el mundo. ¿Cómo ha podido estallar esta guerra? ¿Qué causa profunda dividió así una gran nación en toda la extensión de su territorio, desgarró su ejército y puso las armas en la mano á ciudadanos que tantos lazos, tantos intereses y tantos recuerdos comunes debían mantener unidos?

Eran hermanos, habían crecido juntos, se habían formado en la misma escuela y se parecían en todos los rasgos principales del carácter, teniendo las mismas instituciones políticas y las mismas tradiciones militares. Sus jefes habían servido bajo la misma bandera y tomado asiento en las mismas Asambleas. No existía ninguna diferencia real de origen entre el Norte y el Sur. Todas las que alegó el Sur cuando desesperando de obligar á Europa á socorrerle, privándola de algodón, quiso despertar sus simpatías, eran puramente imaginarias. No hacía más que genealogías de expediente cuando, mostrando á Francia su antigua colonia de Nueva Orleans, se llamaba semi-francés, y cuando, volviéndose hácia la aristocracia inglesa, evocaba el recuerdo de los caballeros arrojados por Cromwell, para oponerlo á los *yankees*, que sólo eran, según él, un montón de alemanes é irlandeses. En realidad la raza anglo-sajona dominaba lo mismo en el Sur que en el Norte, absorbiendo con rapidez las que le habían precedido y las que le proporcionaban un contingente de emigrantes. Asocián-

* Véanse los números 21 y 22, páginas 74 y 110.

dose á su obra, estas razas adoptaban tambien sus costumbres y su carácter.

En la primera ciudad del Sur, en Nueva-Orleans, habia ciertamente un núcleo de poblacion, unido por el idioma y los recuerdos á la patria que cobardemente lo habia vendido; pero este islote, medio sumergido en la ola creciente de otra raza, no constituia nacionalidad. En cuanto al emigrante irlandés, léjos de resistir á esta ola, la seguia, porque, áun cuando difiere profundamente del anglo-sajon, no va á buscar nueva patria sino donde la encuentra con vigor establecida. Se parece á esas plantas difíciles de aclimatar, que no prosperan sino en un suelo preparado para otros vegetales más vigorosos. Por otra contradiccion con sus costumbres primitivas, convirtiéndose en América más bien en ciudadano que en agricultor, las barreras que la esclavitud oponia al establecimiento de los trabajadores de la tierra no existian para ellos, por lo cual lo mismo se extendian por el Norte que por el Sur. El irlandés habia adoptado, con esa ductilidad de ánimo que le distingue, todas las pasiones de aquellos entre los cuales vivia; y cuando la guerra estalló, vióse á los irlandeses alistarse en las ciudades del Sur, donde eran muy numerosos, con tanto ardor como sus hermanos establecidos en el Norte abrazaban la defensa de la bandera federal.

Ningun interés comercial separaba al Sur del conjunto de los Estados del Norte. Los grandes rios forman, de todo el centro del continente, una inmensa cuenca, y sus productos convergian en la arteria principal del Mississipi, cuyo curso inferior tenian los Estados meridionales. Absorbidos por el cultivo del algodón y de la caña de azúcar, pedian á los Estados del Oeste la carne y la harina, que no podian producir, en cantidades suficientes para su consumo. El Norte les proporcionaba los capitales necesarios para todas sus empresas industriales. Verdad es que el Sur buscó en este mismo concurso el pretexto para nueva queja, sosteniendo que era explotado por aquellos que le llevaban con sus riquezas los medios de fecundar su suelo; y en el momento de la separacion, todas las deudas contraidas por los comerciantes y los plantadores del Sur, con sus acreedores del Norte, y que ascendian á cerca de cuatro mil millones de reales, se declararon abolidas, despues de intentar en vano el gobierno confederado confiscarlas en su provecho; pero esta queja que tienen todos los paises atrasados contra sus vecinos más prósperos, no conmovia por cierto á las personas formales.

Las censuras dirigidas por los cultivadores del Sur á los Estados del Norte á propósito de las tarifas protectoras que favorecian las manufacturas de estos últimos eran más especiosas y no estaban mejor fundadas; porque la tarifa Morrill, la más elevada que habia en los Estados-Unidos, fué votada bajo el go-

bierno de Mr. Buchanan, cuando el presidente y el Congreso eran afectos á los intereses del Sur: si dejaron pasar esta medida, que podian impedir, es porque no la creian peligrosa para sus intereses. Si la cuestion comercial hubiera estado en juego en la lucha política que produjo la guerra civil, los Estados del Oeste hubiesen tenido tantos motivos como los del Sur para separarse de los distritos manufactureros de Nueva-York, de Pensylvania y de Nueva-Inglaterra, cuyas fundiciones é hilados temian la concurrencia inglesa, y se hubieran unido al Sur para defender el sistema del libre-cambio. Los propietarios del Oeste obtenian sus riquezas de un cultivo cuyo producto crecia anualmente. A despecho de la carencia de la mano de obra, la ausencia de impuestos territoriales, el poco valor de la tierra y su fertilidad ofrecian á sus trigos salidas para todos los mercados del mundo. Lo único que les hacia sufrir era la proteccion comercial que elevaba para ellos el precio de todos los artículos europeos en provecho de sus asociados del Noroeste, y si al censurarles esta proteccion hicieron causa comun con ellos, es porque conocian bien el motivo único de la guerra, y no se formaban ilusiones acerca de la única diferencia social que dividia á América en dos fracciones enemigas, el Norte y el Sur.

Esta diferencia no nacia de diverso origen ni de intereses comerciales opuestos. Era mucho más profunda: era un foso que se ensanchaba cada dia, abierto entre la esclavitud y el trabajo libre. La esclavitud, prosperando en la mitad de la república y abolida en la otra mitad, habia creado dos sociedades hostiles, y dejando intactas las formas aparentes de gobierno, habia modificado profundamente las costumbres en la que dominaba. Esta fué, no el pretexto ni la ocasion, sino la causa única del antagonismo, cuya inevitable consecuencia debia ser la guerra civil.

Para dar á conocer la diferencia de carácter que la guerra revela entre los combatientes, basta mostrar la influencia constante y funesta ejercida por la institucion servil en los hábitos, ideas y gustos de todos aquellos que vivian en contacto con ella. Verdadero Proteo, la cuestion de esclavitud toma todas las formas, se insinúa por todas partes, y reaparece siempre más formidable allí donde ménos se espera encontrarla. A pesar de todo cuanto se ha dicho, nuestro público, que no ha tenido que luchar cuerpo á cuerpo con ella, ignora cómo se infiltra este sutil veneno hasta en la médula de la sociedad. En efecto, á nombre de los derechos de la raza oprimida se ha condenado la esclavitud. Los sentimientos de justicia hácia esta raza inspiraron á la religiosa Inglaterra cuando á la voz de Buxton y de Wilberforce proclamó la emancipacion; á nuestra Asamblea nacional cuando abolió por primera vez la esclavitud en las colonias y á aquellos que prepararon de nuevo la supre-

sion, despues del acto inaudito por el cual el primer cónsul la restableció en el suelo francés. A Europa entera conmovió el cuadro de los inmerecidos sufrimientos de nuestros semejantes, pintado en la sencilla novela que con tanta elocuencia se llama *La cabaña del tío Tomás*.

Pero los efectos de la institucion servil en la raza señorial presentan al historiador y al filósofo un espectáculo no ménos instructivo, porque el justo castigo que la esclavitud impone á los que no creen encontrar en ella sino provecho y poder, es una fatal desmoralizacion. Para demostrar claramente hasta qué punto es una consecuencia inevitable, y cómo, por inexorable lógica, el hecho solo de la servidumbre del negro deprava en el blanco las ideas y las costumbres, que son la base de la sociedad, dejemos aparte el largo martirologio de malos tratamientos que los dueños brutales aplican diariamente á sus esclavos. En la casa del que ántes de la guerra se llamaba un buen propietario, es preciso estudiar la pretendida perfeccion moral de la esclavitud para conocer toda su flagrante inmoralidad. Este propietario tiene los mismos principios que nosotros, y sin embargo está obligado á obedecer á la necesidad. Sabe la proteccion y el respeto debidos á la familia, pero como la poblacion negra en los Estados donde cultiva el azúcar y el algodón, no se reproduce bastante pronto para que baste á las exigencias de esta explotacion, se va á comprar un contingente de jóvenes trabajadores á los mercados de Virginia. Despues de arrancarle así, á sus padres, á sus afecciones, al suelo que le ha visto nacer, el amo no romperá los nuevos lazos que se crean á su vista, y acaso, como administrador económico, encuentre en la fecundidad de los negros una fuente directa de ganancia. Sin querer humillarle, ni hacerle sufrir inútiles castigos, es preciso, sin embargo, castigar al negro que falta á sus deberes, y estos deberes son la obediencia y el trabajo. El negro debe olvidar que es hombre para acordarse tan sólo de que es esclavo, y trabajar sin eleccion de trabajo, sin remuneracion, sin esperanza de mejor suerte. El propietario, en fin, cuidará de él, no le impondrá tareas superiores á sus fuerzas, y dará satisfaccion bastante á sus necesidades materiales, del mismo modo que á los animales que trabajan á su lado, bajo la direccion de un látigo comun. Mas para gustar de esta pretendida felicidad es preciso que se le rebaje al nivel moral de estos compañeros de su servidumbre y que la llama de su inteligencia se apague para siempre, pues mientras lleve en su cabeza este destello divino será desgraciado porque se sentirá esclavo, y cuando el buen amo, satisfecho de sus propias virtudes, enseñe á sus negros diciendo: «Son felices; no tienen que pensar en el día de mañana; tienen casa, comida y vestido y no quisieran ser libres;» se acusará á sí mismo de un

modo terrible, porque equivale á decir: «He apagado bien en ellos todos los sentimientos que Dios ha puesto en el corazon del hombre; y la palabra *libertad*, que oiriamos pronunciar á toda criatura animada, si comprendiésemos todas las lenguas de la naturaleza, no tiene sentido para ellos.» En rigor puede suceder que, en el elemento en que viven, su conciencia se subleve contra la degradacion de sus semejantes; pero entónces se estrellará contra las costumbres que consagran esta degradacion sistemática, contra leyes minuciosas y severas dictadas por casi todos los Estados del Sur, que le hacen casi imposible la emancipacion individual, y hasta le exponen á penas graves si enseña á sus propios negros á leer y escribir. Si quisiera protestar contra esta ley odiosa que encadena la inteligencia del esclavo en el estrecho calabozo de una perpétua ignorancia no podria hacerlo, porque el envilecimiento moral de éste es la única garantía de su sumision material; si viera con demasiada frecuencia á su semejante recibir la libertad como un beneficio, la desearia á su vez, y si adquiriera alguna educacion, presentaría á sus propios ojos el abismo que le separa de su amo, pareceríale ménos difícil salvarlo, y saldria de ese embrutecimiento satisfecho, donde es preciso tenerlo para que sea dócil instrumento de una especulacion lucrativa.

Más aún: la institucion servil, violando la ley suprema de la humanidad, que une con lazo indisoluble estas dos palabras, trabajo y progreso, y convirtiendo al trabajo en medio de envilecimiento, no degrada sólo al esclavo, sino que conduce á la depravacion del amo, porque el despotismo de una raza entera acaba siempre como el poder absoluto de un solo hombre ó de una oligarquía, por perturbar la razon y el sentido moral de quien ha aspirado sus enervantes perfumes. Nada es tan propio para que resalte esta especie de depravacion, como las mismas cualidades y virtudes que subsisten en la sociedad fundada bajo tal despotismo. Precisamente porque esta sociedad era ilustrada y religiosa, porque producía caracteres irreprochables, porque sacaba de sus entrañas los soldados heróicos que seguian al combate á un Lee y á un Jackson, era más monstruoso ver prosperar en ella la esclavitud con sus odiosas consecuencias. Para que llegase á mostrar al mundo, sin advertirlo ella misma, tan chocante contraste, era preciso que el sentido moral estuviera pervertido en el niño, rodeado desde el nacimiento de las adulaciones del esclavo; en el hombre, dueño absoluto del trabajo de sus semejantes; en la mujer, acostumbrada á aliviar las miserias que la rodean, obedeciendo, no al deber, sino al sencillo instinto de humanidad y de piedad; en todos, en fin, por el abuso de vanas declamaciones destinadas á ahogar la sublevacion de las conciencias honradas. Espectáculo tristísimo es para

quien quiere estudiar la naturaleza humana, el de una poblacion entera en que la fuerza de la costumbre habia falseado todos los sentimientos de rectitud y de equidad, hasta el punto de que el mayor número de los ministros de todos los cultos no temian manchar el cristianismo con la cobarde aprobacion de la esclavitud, y de que los hombres que compraban y vendian á sus semejantes empuñasen las armas expresamente para defender, á nombre de la libertad y de la propiedad, este odioso privilegio.

Convertida esta falsa idea en base de la sociedad, su influencia debia crecer con ella y fortificarse con su prosperidad. Los fundadores de la nacionalidad americana consideraban la esclavitud una llaga social, y contaban para curarla con las luces y el patriotismo de sus sucesores; pero produciendo esta institucion beneficios considerables, pronto se les juzgó de distinto modo. Los Estados intermedios (Virginia, Carolina del Norte, Kentucky y Tennessee) se preparaban á abolirla, imitando el ejemplo de sus vecinos del Norte, cuando la prohibicion de la trata vino á dar entre ellos nuevo impulso á la produccion de esclavos, protegiéndola contra la concurrencia de los negreros que, con el nombre de *Madera de ébano*, llevaban ántes sus cargamentos de esclavos de Guinea. Inmediatamente desarrollaron esta nueva industria, y pudiendo procurarse siempre en sus mercados los plantadores del Sur trabajadores sanos y vigorosos, encontraron económico no cuidar tanto sus esclavos, imponiéndoles un trabajo excesivo que acababa con ellos en pocos años. Esta abundancia de brazos daba al cultivo de la caña y del algodón un impulso extraordinario, y la esclavitud, cuyo nombre no se habian atrevido á mencionar los autores de la constitucion americana, fué desde entónces honrada, reconocida y considerada como piedra angular del edificio social.

Y no se detuvieron en esto: despues de declararla aprovechable y necesaria, se proclamó pronto su excelencia. Una escuela nueva, de la cual fué Calhoun el principal apóstol, y cuya doctrina aceptaron todos los hombres de Estado del Sur, se atribuyó la mision de presentar el sistema social fundado en la esclavitud como la última perfeccion de la civilizacion moderna. A este sistema debia pertenecer América, y sus adeptos soñaban el imperio del mundo para él. Hubo un momento en que estos terribles ensueños arrojaron luz siniestra sobre el porvenir del nuevo continente, pues parecia posible su realizacion.

En efecto, el poder del esclavista vivia creciendo y absorbiéndolo todo á su alrededor. Atrevido y violento en sus modales, obligando á la Union á convertirse en dócil instrumento de su política, habia conquistado para la servidumbre inmensos territorios, unas veces en el desierto, otras á costa de Mejico ó de los colonos del Norte, y extendia ya la mano sobre

Cuba y el istmo de Nicaragua, posiciones escogidas con el instinto de la dominacion. Si el Norte hubiera llevado más léjos su paciencia y su longanimidad, el dia de la crisis decisiva este poder hubiera impuesto su yugo fatal á toda América.

A medida que la esclavitud crecia así en prosperidad y en poder, su influencia era más preponderante en la sociedad que la habia adoptado. Como planta parásita que saca para sí la savia del árbol más vigoroso, cubriéndole poco á poco de extraño verdor y de envenenados frutos, así la esclavitud alteraba cada dia más las costumbres del Sur y el espíritu de sus instituciones. Las formas de la libertad subsistian, los periódicos parecian libres, las deliberaciones de las Asambleas eran tumultuosas, cada cual se alababa de su independenciam, pero el espíritu de verdadera libertad, la tolerancia hácia la minoria y el respeto á las opiniones de cada cual habian desaparecido, y estas apariencias engañosas ocultaban el despotismo de un amo inexorable, *la esclavitud*, de un amo, ante el cual el más poderoso propietario de negros era un esclavo tan sometido como el último de sus trabajadores. Nadie tenia derecho á poner en duda su legitimidad, y como las Eumenides, que los antiguos temian ofender nombrándolas, por todas partes por donde se extendia nadie se atrevia á pronunciar su nombre por temor á tocar á un asunto demasiado candente. Sólo con tal condicion podia sostenerse una institucion de esta clase en una sociedad próspera é inteligente, porque el dia en que hubiera podido discutirse con libertad, estaba irrevocablemente perdida. Así, pues, á pesar de sus instituciones liberales, las gentes del Sur no retrocedian ante ninguna violencia para ahogar en su germen todo debate sobre este asunto. El autor de la más tímida censura no hubiera podido continuar viviendo en el Sur. Bastaba apuntar con el dedo á un extranjero llamándole abolicionista para designarle inmediatamente á los furores del populacho. Habiendo defendido en el Senado la causa de la emancipacion, con tanto valor como elocuencia, uno de los mejores ciudadanos de los Estados-Unidos, M. Sumner, uno de sus colegas del Sur le apaleó dentro del mismo Senado con un baston de puño de plomo, dejándole medio muerto; y no sólo quedó impune este crimen, porque los esclavistas llenaban entónces todos los tribunales de Washigton, sino que las damas del Sur enviaron al apaleador un baston de honor en recompensa de su atropello. Bastó, en fin, que un agricultor de Kansas, John Brown, arruinado y perseguido por los esclavistas, quisiera vengarse de ellos en Virginia, reuniendo en Harpers-Ferry una docena de negros fugitivos, para causar en el Sur una emocion inmensa. Creyóse en la guerra civil; se preparó un levantamiento en masa, y fué preciso enviar de Washigton tropas regulares para apoderarse de este

hombre, que expió en la horca el miedo que había causado á los orgullosos virginianos.

Y no bastaba proteger la esclavitud en su propio dominio, sino que además era necesario, para ponerla al abrigo de todo ataque exterior, hacer reconocer su supremacía en todos los Estados vecinos. Guiado de imprudente espíritu conciliador, el Norte dejó violar la Constitución con vergonzosos compromisos. Las barreras de los Estados libres se habían allanado para devolver al plantador el negro fugitivo. La política nacional estaba completamente al servicio de los intereses del poder esclavista, cuyas exigencias eran tanto más apremiantes y excesivas, cuanto se sentía más próximo á perder la dirección de esta política; no podía sufrir, ni la extensión territorial del Norte, ni las críticas de una prensa libre más allá de sus fronteras. Por ello estaba resuelto á no renunciar sin combate á la supremacía que ejercía en los consejos de la Unión. Sus periódicos y sus oradores enardecían los ánimos y les preparaban á la lucha próxima: en novelas, que se decían proféticas, anunciábanse los triunfos que conseguirían en ella, y al primer llamamiento de los jefes de la separación, toda la sociedad del Sur, dominada por verdadera fiebre, rompió sin pesar alguno todos los lazos que la vispera le unían á los que creía injuriar llamándoles abolicionistas.

Las diferencias que la esclavitud había producido entre al Sur y el Norte no se limitaban á este antagonismo político, extendiéndose á toda la constitución de la sociedad. Bajo su influencia se habían formado en el Sur clases más ó menos separadas: división que facilitó mucho en los primeros tiempos su organización militar.

El trabajo era un acto de servidumbre, al cual nadie podía entregarse sin deshonor. Esta ley, impuesta por la opinión pública, cerraba la entrada de los territorios del Sur á la fecunda ola de emigrantes, que, partiendo de Europa y de los Estados del Este, se esparcía por las inmensas llanuras del Oeste, para formar allí una población de propietarios que por sí mismos explotaban sus campos, población cuyas cualidades laboriosas, energía é inteligencia son la fuerza y el honor de los *free-soil-states*. Todo el sistema de cultivo del Sur se había resentido, y América presentaba así, en sus dos partes, una imagen bastante exacta del territorio latino en las dos épocas extremas de la historia romana. En el Norte, la tierra, repartida y cultivada por el mismo ciudadano, que era á la vez propietario, labrador y, caso de necesidad, soldado; en el Sur los *latifundia*, grandes dominios poblados de esclavos, y repartidos entre algunos señores.

El orden social del Sur estaba fundado en la gran propiedad, cuyos inconvenientes se dejan sentir especialmente en una comarca todavía semi-salvaje, pero que era una consecuencia inevitable de la institución

servil. Sólo ella permite sacar partido del trabajo costoso, insuficiente é incierto del esclavo. Este trabajo es caro, porque los productos que da deben representar, no sólo el mantenimiento del esclavo durante toda su vida, sino también los intereses y la amortización en pocos años del capital empleado en comprarlo, y como la suma de estos gastos excede siempre al salario anual del mejor trabajador blanco, el empleo de los trabajadores libres resulta ser en último caso más económico. Es insuficiente, porque estando la inteligencia del esclavo sistemáticamente ahogada, su obra es siempre grosera y no se pueden obtener de él los mismos cuidados que del obrero dueño de sí mismo.

Es incierto, porque las épocas de recolección exigían gran número de brazos, que el propietario no puede obtener en un mercado libre, viéndose obligado á mantener en su finca durante todo el año el número de esclavos que entonces puede necesitar, sin que ninguna previsión le permita calcularlo exactamente de antemano, y exponiéndose á todos los azares de la obligada holganza y de las enfermedades de sus mejores trabajadores.

En tales condiciones, la explotación del suelo no podía emprenderse sino en grande escala y con capitales considerables. En extensas plantaciones se podía suplir á los recursos que da la libre concurrencia, y teniendo esclavos especiales instruidos en los diversos oficios y en la variedad de trabajos á que obligaba una explotación de esta índole, permitía emplear siempre gran número de esclavos, ya en un trabajo, ya en otro: el capital comprometido se repartía, en fin, en gran número de cabezas negras para que una amortización y un fondo de seguros pudieran arrostrar los accidentes que arruinan la pequeña propiedad de esclavos.

Gracias á esta constitución de la propiedad territorial, los Estados del Sur estaban casi exclusivamente ocupados por tres clases. En lo más bajo de la escala social se encontraba el negro, encorvado sobre la tierra que á él solo correspondía cultivar, y formando una población de unos cuatro millones de almas, ó sea la tercera parte de los habitantes del Sur. En lo más elevado los amos, demasiado numerosos para ser una aristocracia, y constituyendo una verdadera casta. Poseían la tierra y los esclavos que la fecundaban, y vivían rodeados cada uno de una población de siervos, cuyos trabajos dirigían, desdeñando las demás ocupaciones. Más inteligentes que instruidos, bravos, pero apasionados; altivos, pero imperiosos; elocuentes, pero intolerantes, dedicábanse á los asuntos públicos, cuya dirección exclusiva les pertenecía, con todo el ardor de su temperamento.

La tercera clase era la de los blancos no dueños de esclavos, la más importante por el número; estaba por bajo de la segunda y muy por encima de la pri-

mera, sin poder servir, sin embargo, de intermediaria entre ellas, por hallarse profundamente imbuida de todas las preocupaciones del color. Era la *plebe romana*, la multitud de clientes que llevaban con ostentación el título de ciudadanos, y no usaban de estos derechos sino para servir ciegamente á los grandes propietarios, verdaderos dueños del país. Si la esclavitud no existiera al lado de ellos serian trabajadores ó labradores, convirtiéndose en granjeros y pequeños propietarios; pero cuanto más les acercaba su pobreza á la clase inferior de los esclavos, más empeño tenían en separarse de ella y en rechazar el trabajo, para poner mejor en relieve su cualidad de hombres libres. Esta población miserable é inquieta proporcionaba á la política del Sur la vanguardia batalladora que precedía á la invasión en el Oeste del plantador con sus esclavos. Al principiar la guerra creyó el Norte que se pronunciaría en su favor contra la institución servil, cuya ruinoso concurrencia debía detestar; pero se engañó al pensar que la razón influiría en ella más que la pasión. Probó, por el contrario, que era completamente afecta al mantenimiento de la esclavitud. Su orgullo estaba en ello más interesado que el de los grandes propietarios, porque, mientras estos se consideraban siempre seguros de permanecer muy por encima de los negros emancipados, aquella temía verse envilecida por la emancipación que los elevaba hasta su nivel.

Esta división en clases facilitó la organización de las fuerzas del Sur: cada una de ellas tenía su papel trazado, y el paso del estado de paz al de guerra se hizo con tan pocos esfuerzos, que esta misma facilidad fué peligrosa tentación que contribuyó á arrastrar al Sur en la vía fatal donde debía encontrar su derrota y su ruina.

Los negros permanecieron naturalmente unidos á la tierra, y, continuando sus trabajos forzados, libraban á la producción agrícola del Sur de la profunda perturbación que los preparativos de la guerra ocasionaron al Norte, y sostenían así la causa de aquellos que remachaban sus cadenas. Mientras que en el Norte todo soldado que tomaba el uniforme abandonaba una ocupación útil á la sociedad, la población verdaderamente productora no cesó ni un instante en el Sur de acudir á las comunes necesidades.

Los blancos pobres que, condenados á la holganza por su situación social, jamás habían contribuido á la riqueza nacional en una medida proporcionada á su número, cambiaron de buen grado el desocupado de su pobreza por las ocupaciones de la vida militar, y fueron el principal elemento de los ejércitos del Sur. Inútiles y peligrosos en una sociedad bien organizada, estaban perfectamente preparados para este nuevo papel. Habitados á las privaciones de una existencia mal asegurada; ejercitados desde la infancia en el uso de las armas, que era para ellos signo de nobleza;

ardientes para defender los privilegios y la superioridad de su raza, necesariamente habían de ser terribles soldados si contaban con buenos jefes que les guiasen.

Estos jefes debían encontrarlos en la clase superior de los propietarios de esclavos, cuya dirección estaban acostumbrados á recibir. Por ello, aunque todos los grados se daban por elección, los nuevos soldados, fieles á sus costumbres, casi siempre escogían para mandarlos á miembros de esta clase superior; y si algunos propietarios, en el primer momento de entusiasmo, les daban ejemplo tomando el fusil, ninguno permaneció jamás en las filas. De aquí resultó que el funesto sistema de la elección de oficiales no tuvo en el Sur los mismos inconvenientes que en el Norte, y pudo subsistir allí más tiempo.

No hemos hablado aquí de la población de las ciudades porque no sentía tan directamente como la de los campos los efectos de la institución servil, y además era demasiado poco numerosa para ser influyente. Muy inferior á los propietarios de esclavos, pero superior á los blancos pobres, reclutábase entre estos últimos y entre los emigrantes europeos, particularmente entre los irlandeses, que no salían de los recintos de las ciudades americanas. Aunque manifiestamente afecta al sistema de esclavitud, no lo consideraba como base de la sociedad, ni lo defendía con tanta pasión como los blancos que vivían en el campo en medio de los cultivadores negros. Los Estados confederados sólo poseían una ciudad, Nueva-Orleans, que pudiera rivalizar con las grandes ciudades del Norte, y sólo otras dos, Richmond y Charleston, los dos centros políticos de la separación, que tuviesen más de 30.000 habitantes. Entre éstos había negros y mulatos emancipados, clase bastante numerosa, exclusivamente urbana, tanto más hostil á los blancos, cuanto era más inteligente, y cuanto menos justificada estaba por el color de la piel la interdicción que sobre ella pesaba. La población blanca de las ciudades no podía calcularse en más de 200.000 almas.

Así, pues, en el momento en que los jefes del Sur, vencidos en las elecciones, iban á acudir á las armas para restablecer la supremacía de la esclavitud, la opinión pública, de largo tiempo preparada, estaba dispuesta á aplaudirles y secundarles enérgicamente, y las diferentes clases de la sociedad les ofrecían todos los elementos necesarios para organizar pronto sus ejércitos.

EL CONDE DE PARIS.

(*Revue des Deux Mondes.*)

LOS PUEBLOS PRIMITIVOS DE EUROPA.

(Conclusion.) *

Lo mismo que para los pueblos indo-germánicos, la filología es quien guía nuestras investigaciones sobre el origen de los pueblos finlandeses y sobre los lazos que los unen. Atrayéndonos cada vez más hacia el Oriente, nos conduce al Asia, entre las razas que habitan la Siberia occidental hasta el Iénissei y los montes Altaí. En estas regiones, que no son objeto de nuestro trabajo, dichas razas tocan al Este con los mongoles propiamente dichos, entre los cuales el pueblo chino personifica el más alto grado de civilización, y al Sur á las razas turcas (turcomanos) y tártaras cuya patria real se encuentra en las estepas del país de Turan al Norte del Irán. A despecho de algunas dudas, el parentesco de todos estos pueblos está también reconocido, hoy que gran número de sabios consideran á los finlandeses una subdivision de los mongoles; muchos hasta comprenden á los finlandeses bajo la denominación genérica de turanianos en oposición á la de arianos ó iranianos. Las lenguas aglutinantes predominan en los pueblos turanianos, y aunque muchas raíces son comunes á las lenguas de ambas razas, difieren, sin embargo, completamente en puntos esenciales.

Incontestables hechos históricos prueban que los pueblos turanianos han salido de las estepas y de las montañas de la alta Asia. Los chinos, llegados hace más de cuatro mil años al país que hoy ocupan, venían de las montañas del Noroeste. Bandas de turcos y de tártaros han avanzado muchas veces bastante lejos hacia el Oeste. La grande emigración de los pueblos ha tenido su punto de partida en los montes Altaí. Las invasiones de los tártaros, que penetraron una vez hasta en Siberia, y la de los turcos, que se detuvieron delante de Viena, pertenecen á la historia de la Edad Media, y en nuestros días se encuentran al Sur de Rusia numerosas poblaciones tártaras, cuyo origen asiático nadie pone en duda.

Respecto á las razas finlandesas, que son las que más nos interesan, no tenemos ningun dato semejante, á no ser el de la emigración de los magiares. La rama principal, la del Norte de Rusia, de Finlandia y de Scandinavia tiene todos los caracteres de una raza indigena. No puede admitirse, sin embargo, formalmente que los finlandeses hayan visto el día en estas regiones septentrionales, las ménos favorables de todas para tal suposición. Natural es pensar que los finlandeses del Norte de Europa han venido también de Asia,

* Véase el número anterior, pág. 117.

sólo que, como los germanos cuando penetraron en Scandinavia, y los slavos, á medida que se fueron esparciendo por Rusia, encontraron por todas partes á los finlandeses, rechazándolos y sometiéndolos, puede admitirse que éstos ocupaban ya la Scandinavia y la Rusia ántes de la invasión ariana.

Encontramos, pues, en los dos extremos de Europa dos poblaciones primitivas anteriores á los arianos: de una parte, al Oeste y á la extremidad Sudoeste, los iberos y acaso los ligurios, y de otra los finlandeses al Este y al extremo Noreste. Lo más notable es que ambas razas presentan entre sí algunas semejanzas. Los ligurios, cuya lengua nos es desconocida, eran, en cuanto podemos juzgar, braquicéfalos (de cabeza corta), como lo son los finlandeses y los lapones. En cuanto á la lengua de los vascos, tiene el mismo carácter aglutinante de las lenguas de todas las razas finlandesas que todavía existen. Se ha llegado por esto á creer que los tres pueblos eran congéneres, y que los vascos y los ligurios eran de origen finlandés, ó en otros términos, mongólico ó turanio. De aquí se ha deducido que el inmenso espacio que separa la Francia meridional y la España de las razas finlandesas, aún de las más avanzadas hacia el Oeste, tales como los estonianos y los livonianos, habia sido en otros tiempos ocupado por pueblos finlandeses ó turanianos; en una palabra, que Europa entera en una época anterior á los arianos habia tenido una población turaniana.

Aquí nos faltan por completo la historia y la tradición, y sólo puede citarse un pueblo cuyo nombre tiene alguna analogía con el de los ligurios ó ligyenos.

Durante los primeros siglos de nuestra era encontramos repetidas veces, en lo que forma la Silesia actual y en las partes de Polonia que más se le aproximan, un gran pueblo, el de los Ligii (llamados también Lygii, Lugii ó Logiones), que más tarde se dirigieron hacia el Sur, y reaparecieron, en fin, en el bajo Danubio. Pero este pueblo siempre ha sido considerado como germánico, y la semejanza de nombres, que podría cuando más relacionarlo con los Lekhes de Polonia, no sería para nosotros prueba suficiente. Con razón se pregunta si los nombres de los pueblos primitivos eran los que nos han transmitido sus vecinos los arianos. Los vascos se dan á sí propios el nombre de Euskaldunac y á su lengua el de Euskara, los finlandeses se llamaban Suome, los lapones Sami ó Sadme, los estonianos Rahvas. ¿Quién sabe el nombre que se darían los Ligii ó Ligienos? El nombre de Ligii prueba, por consiguiente, poco en favor del parentesco de este

pueblo con los ligurios, como el nombre de Vendés, que, por lo demás, nunca se han dado los slayos, en favor del parentesco de estos últimos con los Vénetos de la alta Italia ó de la Galia occidental. Sin embargo, sabios distinguidos han incurrido en error por tales semejanzas de nombre.

En ausencia de datos históricos, se acude á los caracteres físicos (anatómicos ó fisiológicos). La piel blanca, los cabellos rubios ó rojizos, lisos y en forma de bucles, los ojos azules y el cráneo alargado y estrecho (dolicocefalo), la mandíbula hundida, la estatura elevada, los miembros vigorosos, han sido considerados como signos característicos de los arianos, mientras que los turanianos tienen la piel oscura, más morena ó más amarilla, los cabellos crespos, pardos ó negros, los ojos oscuros, el cráneo corto y ancho (braquicefalo), la mandíbula saliente, corta la estatura, y constitución débil y delicada. Ahora bien: segun las descripciones de los autores antiguos, los celtas, los germanos y la mayor parte de los slayos presentan los primeros de estos caracteres, y los segundos, al contrario, se encuentran en los iberos, los lapones y los estonianos.

Establecido esto, se procedió al exámen de los caracteres físicos de las poblaciones actuales de la Europa central. Reconocióse que en Alemania y en Francia, las naciones más favorables á tales investigaciones, el número de hombres que presentaban los antiguos signos característicos de los arianos variaba considerablemente de una region á otra; pero en conjunto era proporcionalmente muy restringido. En algunos puntos los caracteres turanianos predominan. Por lo que hace al color de la piel, los cabellos y los ojos, y la constitución corporal, cada cual puede referirse á sus propios experimentos. Respecto á los cráneos, la medida ha probado no sólo que son con frecuencia cortos y anchos en los slayos, lo cual se sabia ya hace tiempo, sino que la braquicefalia es muy frecuente en el Norte y en el Mediodía de Alemania, en Dinamarca, en Suiza, en Bélgica, en Holanda, en Francia, en Inglaterra y hasta en Italia, y que en algunos puntos es casi general.

Además, en gran número de países de los indicados, las investigaciones prehistóricas han hecho descubrir en tumbas antiquísimas, en cavernas que han servido de viviendas ó de sepulturas en lejanos tiempos, ó en el fondo de los pantanos, ó en los lechos de los rios, cráneos braquicefalos, algunas veces de mandíbulas muy prominentes, que no se conforman con la dolicocefalia atribuida á los arianos. Parece natural deducir que ántes de la inmigración ariana se habia extendido por toda Europa una raza braquicefala, raza que se ha perpetuado hasta en los tiempos prehistóricos, y

á la que deben referirse en parte los pueblos primitivos que se han conservado hasta en nuestra época. Consideran muchos cierto que la parte braquicefala y oscura de la población actual de Europa descende de este pueblo primitivo, sometido, pero no exterminado, por la invasión de los arianos dolicocefalos de tez blanca. No sólo el poder de la herencia habrá conservado el antiguo tipo turanio, á despecho de las alianzas entre las familias de ambas razas, sino que aún debe admitirse que la sangre turaniana ha dominado cada vez más sobre la sangre ariana.

Los sabios dinamarqueses y suecos son los primeros que han emitido estas ideas. Para apoyarlas tenían el ejemplo de su país. Viendo las razas finlandesas desaparecer de año en año, creyeron que los lapones y los finlandeses eran pueblos primitivos de Alemania y de la Europa central que se habian conservado mayor tiempo. Esta idea, acogida en Francia y en Bélgica, ha sido ahora desarrollada, teniendo su expresión más completa y al mismo tiempo más importante bajo el punto de vista político en el conocido libro de M. Quatrefages sobre la raza prusiana, libro en que el autor trata de probar que la mayor parte del pueblo prusiano es de origen finlandés, y que por tanto se equivoca al usurpar el derecho de dominar en Alemania. Otros sabios en Francia, en Bélgica, en el Sud de Alemania y en Italia han dirigido sus miradas á los ligurios, que les tocaban de más cerca, y otros á los iberos; pero muchos con predisposición á pensar que los ligurios y los iberos eran congéneres y de origen finlandés.

Por lógica y seductora que pueda parecer esta teoría, no debo aceptarla, como ya he dicho en repetidas ocasiones, sin nuevo exámen de las bases en que descansa, que, por regla general, son poco seguras y arbitrarias en su mayor número.

En lo que concierne á los cráneos, he comparado atentamente los encontrados en Dinamarca, en el Norte de Alemania y en Bélgica, y sólo en ciertos casos aislados presentan alguna semejanza con los cráneos de los lapones y de los finlandeses de nuestros dias. El mayor número de los cráneos braquicefalos prehistóricos encontrados hasta ahora en estos parajes ofrecen diferentes caracteres, y no es esto todo, sino que los cráneos más antiguos y al mismo tiempo más caracterizados, sobre todo los de las cavernas de Bélgica y de Francia (de Engis, de Cro-Magnon, etcétera) presentan una dolicocefalia muy caracterizada. Si no supiéramos que los arianos no habian penetrado aún en la Europa central en la época en que vivia en ella el reno, el oso de las cavernas y el mamuth (elefante primitivo), y que,

sin embargo, los trogloditas dolicocéfalos existían en las orillas del Mosa y del Dordoña millares de años ántes de la fecha más antigua que pueda asignarse á la primera emigración ariana, podríamos, con apariencia de razón, admitir la suposición de que los más antiguos trogloditas de Europa eran de raza ariana.

Pero ¿quién probará que todos los arianos tenían la piel blanca, los ojos azules y el cráneo alargado? ¿Por qué sorprendió tanto á los antiguos romanos el aspecto de la conformación física de las razas celtas y germánicas, cuando por primera vez se encontraron con ellas? ¿Los habitantes del Latium y de la Umbría no eran también arianos? ¿Estamos ciertos de que los helenos tenían los ojos azules y los cabellos rubios? Aunque hayan podido ser dolicocéfalos, como mis propias medidas me hacen creer, toda persona que conoce la literatura griega sabe que la piel blanca, cabellos rubios y ojos azules han sido desde la más remota antigüedad cosas muy raras y notables entre ellos. La mayoría de los negros son también dolicocéfalos. La blancura de la piel no es en manera alguna obligada consecuencia de un cráneo alargado, ni la oscuridad de la tez de un cráneo braquicéfalo.

No sucede lo mismo respecto á las razas primitivas que se han conservado hasta nosotros. Los vascongados españoles de nuestros días, aunque todas las descripciones les atribuyen tez morena, son, sin embargo, dolicocéfalos. Los finlandeses del corazón de Finlandia, donde jamás ha penetrado raza ariana, son hombres altos y fuertes, de cabellos muy rubios y de ojos azules, y sin embargo, está demostrado que son braquicéfalos. ¿Cómo es posible confundir dos razas tan distintas, cuando, por otra parte, se reconoce en los tipos tal invariabilidad que puede distinguírseles después de miles de años?

Los lapones y los finlandeses presentan tales diferencias, que á primera vista se les distingue, lo mismo en nuestros días que en los tiempos de Linneo, y si se comparan á las otras razas finlandesas, se encuentran á veces caracteres tan marcados, que sería más fácil separarlos que confundirlos. Los lapones y los estonianos difieren también de tal modo entre sí, que sus cráneos no podrían considerarse de un mismo tipo. Además, los primeros tienen la piel morena y á veces negruzca, mientras que los segundos son blancos, con frecuencia rubios y con los ojos azules.

Llegamos aquí á una dificultad esencial, que aún no ha sido resuelta. ¿Hasta qué punto los caracteres físicos de una raza pueden extender sus variedades? No hablo de variedades individuales, las cuales pueden llegar hasta la oposi-

ción al tipo de la raza. Hay individuos de raza negra que son blancos, y sucede á veces que un blanco tiene la piel negra, oscura ó bronceada como la de un mulato, no á consecuencia de un cruzamiento de razas, sino por motivos propios de su organización. Estos casos son del dominio de la patología, y dependen más ó menos de causas mórbidas. Lo mismo sucede en cuanto á los cráneos. Las condiciones individuales pueden producir en una raza tan grandes anomalías con relación á la forma de los cráneos, que, como yo he demostrado, una forma patológica puede ponerse frente á frente de la forma propia de cada raza. Una raza dolicocéfala puede también poseer individuos de cabeza corta, y *viceversa*.

Es igualmente posible que las perturbaciones patológicas se transmitan por herencia cuando las condiciones y las causas subsisten y obran de generación en generación. Permitido es preguntar si los lapones no deben en parte los caracteres distintivos de su raza á la inclemencia de las circunstancias, en medio de las cuales viven desde hace miles de años, si el frío, una alimentación poco variada é insuficiente, los vestidos mal sanos, la suciedad, los matrimonios consanguíneos, han dado á su cuerpo un aspecto verdaderamente enfermizo. En otros términos: ¿No pueden determinadas influencias, lo mismo en un pueblo que en una familia, en una raza que en un individuo, comunicar al carácter físico desviaciones duraderas y hereditarias, tan fuertes que acaben por hacer difícilísimo y hasta imposible la reconstitución de la raza en su conjunto?

Teóricamente nada puede decirse contra este sistema, pero en la práctica origina las mayores dificultades. Es evidente que en ausencia de toda concordancia palpable entre los caracteres físicos, al lingüista corresponde decidir sobre la situación etnológica de un pueblo, sobre todo, tratándose de un pueblo antiquísimo. La división de los pueblos europeos en arianos y turanianos es puramente filológica, y la antropología física es quien primero ha promovido, aparte de la filología, la cuestión de pureza de la raza. Bajo el punto de vista de la filología, que es al mismo tiempo un punto de vista político, se puede distinguir en los arianos una raza ó familia de pueblos latinos; pero esta raza no es una con relación á la historia y á la antropología, lo es, á lo más, políticamente hablando, con relación á la nacionalidad. La *lengua madre* nada prueba respecto al *parentesco de la sangre*. El sardo, liguriano y el español, ibero, pertenecen bajo el punto de vista del *idioma* á la misma raza latina que el celta y el italiano, arianos. La lengua nacionaliza y desnacionaliza.

Sin ir tan léjos como M. d'Omalius d'Halloy, que pone en duda hasta el origen asiático comun de los pueblos arianos, obligados nos vemos á confesar que la presencia de una variedad de piel morena, en medio de la poblacion actual de Europa, puede dar lugar á diversas interpretaciones. Puede ser que esta variedad nos presente á la vista descendientes de una raza primitiva anterior á los arianos; puede ser que lentas modificaciones hayan trasformado la constitucion física de inmigrantes arianos; puede ser que ambas causas se encuentren reunidas. Por mi parte estoy dispuesto á adoptar la última hipótesis; pero me reconozco incapaz hasta ahora de distinguir lo cierto entre lo probable, de indicar, por ejemplo, lo que en la braquicefalia de los pueblos modernos puede atribuirse á sangre anti-ariana, y lo que puede provenir de cambios subsiguientes, impresos al carácter de la raza por la civilizacion y las costumbres.

Bajo el punto de vista filológico se presenta una dificultad mayor, relativamente al parentesco de las lenguas no arianas. Muchas de éstas, acaso el mayor número, tienen un carácter aglutinante ó polisintético. No modifican el verbo, por ejemplo, pero indican los diferentes tiempos y las distintas situaciones por la adición de ciertas palabras ó sílabas. Las lenguas no arianas más diferentes presentan conformidad en este punto. Las lenguas primitivas de la América del Norte, el finlandés, el vascongado, muchas lenguas que hablan los negros, pertenecen bajo este punto de vista á un solo y extenso grupo filológico. ¿Debe deducirse por ello comunidad de origen? Sí y no. No es imposible que los estudios emprendidos sobre el hombre lleguen á determinar el origen comun de las razas, lo que conduciría igualmente las lenguas á la unidad primitiva. Mas para esto dejamos aparte infinidad de grados intermedios y precisamente los que más nos interesan. Si se atribuye un origen comun á los negros de Africa y á los indios de la América del Norte, hay que preguntar si este origen no es tambien el mismo para los blancos de Europa que para los negros y los pieles-rojas. Preséntase, pues, la cuestion del origen comun de todos los hombres. Pero si, por razones filológicas, ciertas razas de negros pueden ser asimiladas, bajo el punto de vista de la nacionalidad, á ciertas razas americanas, esto seria tan solo una cuestion especial, independiente de la cuestion general y que deberia ser tratada aparte.

Casi lo mismo sucede con los vascos, ó mejor dicho, los euskaldun. Su idioma, el euskara, antigua lengua ibérica, ¿es finlandesa, ó americana, ó africana? Estas tres hipótesis se

han discutido formalmente, y cada cual de ellas tiene sus defensores. Desgraciadamente ninguno hasta ahora ha resuelto el enigma de un modo satisfactorio. Se ha dicho primero que los iberos procedian del Norte de Africa, habiendo llegado quizá por el estrecho de Gibraltar. En este caso deberia buscarse en Africa su más próximo parentesco. Allí encontramos, en efecto, á los bereberes, pueblo que tambien parece primitivo, y cuyas razas se han conservado hasta en nuestros dias en las montañas del Atlas. Aunque por lo general muy morenos, difieren completamente de los negros de Africa, presentando, por el contrario, diversos caracteres que indicarian parentesco con otras razas habitantes de la costa del Noroeste, del Norte y del Noroeste de Africa. A los bereberes hay que asimilar los guanchos, primitivos habitantes de las islas Canarias, que, hasta principios del siglo XVI, no fueron exterminados. Al conjunto de esta raza se ha dado el nombre general de *Atlántica*. ¿Pertecen á ella los iberos? No, en cuanto puedo juzgar bajo el punto de vista filológico. Atrevidos pensadores les han buscado otra patria, atlántica tambien, aunque en distinto sentido.

Antiguísimas tradiciones griegas mencionan la comarca de que vamos á ocuparnos. En ella colocaban las islas habitadas por los bienaventurados y los Campos Elíseos. Posteriormente Platon habla de una isla que habria estado situada más allá de las columnas de Hércules en el gran océano (atlántico) y que se llamaba Atlántida. Habia sido más grande que Asia y Africa, acabando por ser sumergida en el mar. A esta isla se refiere una hipótesis moderna. Créese que puede haber servido de comunicacion con América, permitiendo admitir la idea de verdadero parentesco de sangre y de lengua entre los pieles-rojas de América y los iberos de Europa.

Este parentesco puede aplicarse, sin embargo, de otra manera que exige camino más largo, pero no la suposicion, un tanto arriesgada, de una comunicacion entre ambos continentes. Si admitimos que los iberos sean del mismo origen que los finlandeses, encontramos entre las razas un encadenamiento mucho más seguro, dirigiéndonos hácia el Norte de América por el Este de Europa y el Norte de Asia. No es preciso suponer revoluciones geológicas para reconocer que las razas finlandesas han podido emigrar hácia el Este lo mismo que hácia el Oeste: los pueblos de lengua aglutinante forman aún en nuestros dias una cadena apenas interrumpida, y aún, por otros motivos, muchos etnólogos están inclinados á creer que las razas americanas han salido de Asia.

Bástenos haber indicado á grandes rasgos estas diversas opiniones. Creo que no ha llegado aún el momento de decidir entre ellas. En estos últimos años ha aparecido una nueva que encuentra defensores. Se ha dicho que los iberos procedían también del Cáucaso, donde un pueblo del mismo nombre ha vivido hasta en los tiempos históricos; pero bueno es notar que aquí no está de acuerdo la fisiología con la lingüística. Los vascos son dolicocefalos, y presentan por el cráneo mayor analogía con los pueblos atlánticos de Africa que con cualquiera raza finlandesa ó ugriana. Poseo cráneos vascos modernos que presentan una semejanza incontestable con los cráneos de las momias guanchas, y no vacilaría en sacar de este hecho consecuencias decisivas, si no se me objetara que España estuvo sometida á la dominación árabe durante gran parte de la Edad Media, y que seguramente los elementos moriscos se comunicaron entónces á la población. Aunque no hay motivo para creer que esta mezcla se extendiera también á las Vascongadas, y que haya sido bastante considerable para ejercer hasta en nuestros días una influencia caracterizada por la forma de los cráneos, me limito á mencionar el hecho sin añadir nada.

Este hecho se relaciona con otro comprobado por Oscar Heer: refiérome á la semejanza que existe entre los vestigios de plantas cultivadas encontradas en los Palaftes de Suiza y ciertas plantas del Mediodía, especialmente de África; semejanza tan completa, que este sabio y prudente naturalista dice sin vacilar, que el pueblo de los Palaftes no parece haber estado en relaciones más estrechas con los pueblos del Este de Europa. Esta observación se aplica sobre todo á la cebada, al trigo, al lino, al maíz, á la adormidera y hasta á las malas yerbas, habituales compañeras de cada una de estas plantas. Por sorprendente que haya podido ser este descubrimiento nos indica que ciertos cultivos de Egipto han sido trasportados al pueblo de los Palaftes por el Mediterráneo, pero no que este pueblo haya seguido igual camino y sea del mismo origen.

A pesar de todos los indicios que en distintas épocas atraen nuestras miradas hácia el Sur, no podemos ni explicar el origen de los iberos y de los ligurios, ni llenar la distancia que separa estos pueblos de las razas finlandesas, y sin embargo en Francia y en Alemania debe haber existido una población primitiva ántes de la invasión de los celtas y de los germanos. Esta población, verdaderamente prehistórica, cuyas señales encontramos, no sólo en las tumbas y en los monumentos, sino también en osamentas, instrumentos, armas, alhajas y restos de comidas y vestiduras,

sin poder decir lo que ella era y de dónde procedía. La única cosa que podemos afirmar es que no formaba un sólo pueblo, y que casi por todas partes se encuentran rastros de muchas razas prehistóricas, sin poder asegurar si se han rechazado mutuamente ó si son contemporáneas. Un arqueólogo francés, M. Bertrand, clasifica los pueblos prehistóricos de Francia en tres grupos: 1.º Los habitantes de las cavernas (trogloditas). 2.º El pueblo de los monumentos de piedra (grupo magalítico). 3.º El pueblo de las tumbas (tumuli).

Está casi demostrado que los emigrantes arianos habían llegado ya á cierto grado de civilización cuando vinieron á establecerse en Europa. Indicios sacados del lenguaje nos enseñan que poseían animales domésticos, que cultivaban cereales, que conocían los metales, quizá hasta el hierro. Encuéntrase en todas las lenguas indogermánicas raíces comunes que sirven para designar los animales domésticos, los productos de la agricultura y los metales. No debe deducirse, sin embargo, que todas estas razas hayan llegado á igual desarrollo en el momento de su emigración. Es muy verosímil, al contrario, que durante el largo trayecto desde Asia á Europa y al contacto de otros pueblos, el círculo de los conocimientos de cada pueblo se haya extendido desigualmente: pero es seguro que en ninguna parte descubrimos un pueblo ariano que haya sido salvaje al tiempo de su emigración en el sentido que modernamente se da á este calificativo, pues todos conocían la vida estable.

Encuéntrase esparcidos en toda Europa numerosos restos de la época llamada de piedra. No quiere decir esto que todos esos utensilios de piedra, todos esos sílices y otras piedras de que tanto se ha hablado sean prehistóricos. Las tumbas francas del V al VII siglo (después de J. C.) contienen, al lado de armas de hierro y de magníficos ornamentos de metal, láminas de sílice de la especie más grosera, lo mismo que las tumbas egipcias del siglo III ántes de J. C.; es decir, en una época en que el hierro era conocido desde hacia largo tiempo y empleado en Egipto. Estas son ofrendas simbólicas y costumbres religiosas. Otros utensilios de piedra que el acarreo ó las extracciones de carbon de piedra sacan sin cesar á luz, pueden haber estado en uso en una época bastante reciente, como sucede entre nosotros con instrumentos análogos. Hay, sin embargo, diversos sitios que tienen los caracteres de la más remota antigüedad, en los cuales no se encuentra, ni metal, ni bronce, ni hierro, sino sólo útiles de piedra, de madera ó de hueso. Estas son las sepulturas, las viviendas y las estaciones de los *pueblos de piedra*.

He examinado esta cuestión hace nueve años en un trabajo sobre las sepulturas llamadas de los Hunos y de los Palafitas, á cuyo trabajo podría referirme. Pero, desde esta época, hemos hecho importantes progresos en el conocimiento de la Europa prehistórica. Hasta entónces ó hasta poco ántes no se conocía el período de piedra ni aún el de bronce sino por los descubrimientos hechos en Scandinavia y en el Norte de Alemania, y había mucha inclinación á creer que sólo el Norte podía ser objeto de esta cuestión. Hoy se sabe que cada parte de Europa tiene su edad de piedra, del mismo modo que la India, el Japon, el Brasil y Siria. En Italia y en Grecia, como en Finlandia y en la península Ibérica se encuentran utensilios de piedra; y, cosa singular, en todas partes el hombre del pueblo da el mismo nombre, piedras de rayo y piedras de lumbre (astropelaxia) á ciertos materiales ó armas de piedra. ¿No es esta acaso la mejor prueba de que ningun pueblo europeo ha conservado el recuerdo del tiempo en que estas piedras se encontraban en las manos de los hombres? La mitología del Norte nos muestra al dios Thor llevando una maza de piedra, y en el Mediodía hay una fábula bastante análoga, la de Júpiter, enviando una lluvia de piedras para proteger á su hijo Hércules en su lucha contra los ligurios, cuando volvía de Hesperia (Iberia) con los rebaños robados á Geryon. El *campo de piedras* se veía no léjos de la embocadura del Ródano.

Hasta ahora nada nos autoriza á creer que las razas finlandesas hayan tenido una época de piedra en Europa. No tengo conocimiento de que se haya descubierto en Finlandia ó en Estonia ni una sepultura de esta época propiamente dicha; es decir, conteniendo utensilios de piedra, y ménos que se hayan encontrado cráneos característicos. Cuanto se ha dicho á propósito de cráneos prehistóricos de raza finlandesa encontrados en Francia y en Bélgica, se apoya en datos completamente arbitrarios. No sucede lo mismo respecto á las tumbas de las islas dinamarquesas, en las cuales se ha podido comprobar una raza de cráneo corto y ancho; y los arqueólogos del Norte que confunden esta raza con la raza finlandesa, podían apoyar su opinion en una apariencia de verdad. Sin embargo, las medidas practicadas por mí me han hecho reconocer que los cráneos de la época de piedra dinamarquesa se aproximan mucho más á los cráneos de la poblacion actual de Dinamarca, considerada como germánica, que á los de los finlandeses y estonianos. Nada prueba, por tanto, que las razas finlandesas hayan traspasado en otros tiempos en la Europa central sus actuales límites occidentales. Aunque fuera cierto

que algunos cráneos braquicéfalos de la época del reno, encontrados en Bélgica y en Francia, tuvieran semejanza con los de la raza finlandesa, podría preguntarse aún si la Finlandia y la Laponia eran habitables en una época en que las condiciones climatéricas eran tan distintas de lo que son hoy. A Tácito debemos nuestras primeras nociones históricas sobre la existencia de los finlandeses; pues bien: Tácito nos dice que, vista la ausencia (ó la rareza) del hierro, habían provisto sus flechas de puntas de hueso, lo cual no permite colocar á los finlandeses entre los pueblos de la edad de piedra, quienes con preferencia se servían de flechas con puntas de piedra.

Gasi lo mismo sucede con los iberos. Los utensilios de piedra son muy comunes en toda la península ibérica, pero presentan, sobre todo los de piedra pulimentada, mucha más analogía con los de Grecia que con los del Norte. Comprenderáse esto si se reflexiona que, según toda probabilidad, la época de piedra en el Mediodía ha precedido mucho á la del Norte. La gran riqueza metálica de la península ibérica debió ocasionar en ella, ántes que en Grecia, el empleo del cobre y de otros metales. Cuando la primera colonia fenicia vino de Sidon á establecerse en Iberia hácia el siglo XII ántes de J. C., todo hace creer que el arte de extraer y de emplear los metales era conocido en la península ibérica. Sólo hay un hecho en el cual podría apoyarse la opinion de que los iberos habitaban este país desde la época de piedra más atrasada, y es que gran número de los cráneos más antiguos encontrados en España, Portugal y en Aquitania pertenecen á una raza dolicocefala. Las comarcas próximas al Garona, especialmente, han sido habitadas por trogloditas de la época del reno, que debieron llegar á un grado desusado de desarrollo artístico, á juzgar por los vestigios que han dejado en las grutas de las orillas del Dordoña, aunque su elevada estatura y sus cráneos alargados no les haya sustraído al destino de ser clasificados por M. Pruner en la raza mongólica.

De igual modo que los trogloditas de Dordoña, y especialmente los de Cro-Magnon, pueden ser asimilados á los iberos, á causa de la dolicocefalia y de su elevada estatura, los de la caverna de Furfooz, en Bélgica, en el valle del Lesse, afluente del Mosa, que son también de la época del reno, pueden asimilarse á los ligurios á causa de su braquicefalia (relativa) y de su delicadeza de formas; pero el número de cráneos descubiertos hasta ahora en las cavernas es aún demasiado pequeño para que me atreva á afirmar que las razas ibéricas y ligúricas habitaban ya en España, en Francia y en Bélgica en la época del reno, tanto

más, cuanto que se conocen otros cráneos dolicocefalos y braquicefalos, que sería difícil, vista su situación geográfica y sus caracteres particulares, relacionarlos con los iberos ó con los ligurios. El exámen de los cráneos de Bélgica, que sólo en parte pertenecen á la época del reno, me ha demostrado que podían ser divididos en cuatro grupos distintos.

Partiendo de la idea de que la población primitiva era de origen turánico, se ha creído largo tiempo que la primera raza era braquicefala, y que la braquicefalia era indicio de un cerebro poco desarrollado. Los estudios modernos han refutado este doble error. Sábese ahora, no sólo que la braquicefalia es muy comun en Alemania, en Francia y en Italia, y que el cerebro braquicefalo es mucho más grueso y desarrollado que el cerebro dolicocefalo. Sábese además que gran número de los cráneos más antiguos son dolicocefalos, y esto lo prueban los famosos cráneos de la caverna de Engis, en Bélgica, donde los restos de elefante primitivo, de mamuth, estaban mezclados á los restos del hombre. Hasta entónces los mayores sabios habian pretendido que el hombre no apareció sobre la tierra sino despues de la época diluviana: en Engis fué donde, gracias á los infatigables trabajos de Schmerling, se vió refutada esta opinion, por primera vez, con la prueba de que el hombre existia en estado fósil.

La opinion emitida por mí de que la raza dolicocefala de Engis diferia de la raza dolicocefala de Cro-Magnon, ha sido recientemente adoptada por los señores Quatrefages y Hamy; pero estos autores cometen despues nuevos errores cuando reunen los cráneos de Engis, los de Canstatt, del Neanderthal y muchos otros en un grupo comun que asimilan á los australianos modernos.

Como el cráneo más antiguamente conocido es el que ha sido encontrado en el campo de Mamuths, cerca de Canstatt, dieron á la población primitiva de Europa el nombre de raza de Canstatt. Desgraciadamente Mr. Hælder acaba de publicar acerca del cráneo de Canstatt un trabajo que infunde grandes dudas sobre su antigüedad. Es imposible relacionar bajo el punto de vista anatómico los cráneos de Engis y el de Neanderthal. Por último, los habitantes de la caverna de Engis tienen tantos puntos de relación con la naturaleza de los esquimales, como con la de los australianos. Sin embargo, los australianos y los esquimales no se parecen; los primeros pertenecen á la raza negra y los segundos á la raza amarilla.

Esta tendencia de la antropología comparada no es reciente, y se relaciona con la que consiste en hacer concurrir los pueblos prehistóricos á

una teoría del desarrollo de la humanidad basada en argumentos imaginados *à priori*. Los australianos y los esquimales son razas inferiores; luego las razas prehistóricas deben parecerse á ellos; he aquí la deducción. Pero los cráneos más antiguos, los de Engis, de Olmo, de Cro-Magnon no presentan ninguno de los caracteres de las razas inferiores. Ni aún siquiera los que son propios de los pueblos salvajes se encuentran en estos cráneos, exceptuando el de Neanderthal, y está probado que esta circunstancia nacia de causas patológicas.

No hemos llegado todavía á poder determinar con exactitud, siquiera aproximada, la situación de los pueblos prehistóricos de la época de piedra, que han sido los verdaderos pueblos primitivos de Europa. No se ha descubierto la raza que tuvo primeramente la forma humana, y que se supone debe considerarse como el tronco único de donde han salido todos los pueblos. Los *adamitas* nos faltan. No sabemos ni siquiera cuando el hombre pisó por primera vez el suelo de Europa. Todos nuestros datos se refieren á tiempos en que la superficie de la tierra era lo que es hoy, aunque hayan variado de cauce algunos rios y se hayan apagado algunos volcanes, lo que hace que las osamentas humanas y las obras de los hombres las hayan sumergido las aguas en el fondo de los pantanos, ó las hayan cubierto torrentes de lava. Pero los más antiguos de estos despojos datan del diluvio, de la época llamada *cuaternaria*. Verdad es que, de vez en cuando, se mencionan ó sílices labradas ú osamentas humanas que se suponen descubiertas en capas más antiguas de la corteza terrestre; pero lo cierto es que en ninguna parte se han encontrado rastros auténticos del hombre *terciario*, aunque su existencia no deba considerarse improbable. El hombre cuaternario, al contrario, lo ha adquirido seguramente la ciencia moderna. Ha sido contemporáneo del mamuth, y acaso contribuido á la desaparición de este poderoso paquidermo. Habitaba las mismas comarcas que esos mamíferos gigantescos desaparecidos desde hace tanto tiempo, el oso, el leon, la yena de las cavernas, el rinoceronte y el hipópótamo de los antiguos tiempos. La mandíbula inferior del oso de las cavernas, con sus poderosos dientes caninos, servia de arma y de herramienta á los trogloditas del Harz, de los Alpes, del Mosa y del Dordoña. Cuando el frio del período de hielo empezaba á templarse, el reno, confinado hoy al extremo Norte de la Scandinavia y de Finlandia, extendia aún sus peregrinaciones por Alemania, Suiza y Francia, hasta los Alpes y los Pirineos, le encontramos siempre en compañía del hombre. Algunos indicios hacen

suponer que este último le trataba ya entonces como animal doméstico. En las cavernas calizas de Westfalia y de Suavia; en las de los valles del Lahn y del Mosa, lo mismo que en las del Mediodía de Francia, la grava que cubre el suelo contiene numerosos testimonios de la industria de los hombres. En todos estos sitios se han encontrado cuernos trabajados y huesos, hasta de renos.

¿Quién podría decir la distancia que separa estos tiempos de los nuestros? Mr. Braun ha tratado esta cuestión en su trabajo sobre el período glacial. Aunque, según él, no se colocara el término de este período sino nueve ó diez mil años antes de nuestra cronología, este espacio de tiempo sería suficiente para que nuestra imaginación pudiera admitir sin dificultad muchos cambios sucesivos en la población primitiva de Europa. Nunca en Europa los cálculos, aún de los historiadores más atrevidos, han remontado á más de dos mil años. Si concedemos este tiempo á la inmigración ariana venida de Asia, nada nos impedirá admitir que una emigración africana de igual duración haya podido verificarse en época anterior. El reno, al parecer, nunca pasó los Pirineos, y no se encuentra en Italia vestigio alguno del período glacial; podía existir en este país una rica población meridional, cuando nada inducía á las razas inmigrantes á atravesar los glaciales. Esparcidos los arianos á lo largo de la costa del Mediterráneo, y fundados los primeros pequeños Estados de Europa, debían transcurrir mil años, y aún más, antes de que en las orillas del mar Báltico *los pueblos de la edad de piedra* vieran llegar los primeros apóstoles de las épocas metálicas.

RODOLFO WIRCHOW,

Profesor de la universidad de Berlín;
Miembro de la Cámara de Diputados de Prusia.

EL CABALLERO DE LORGES.

Inmensa concurrencia puebla el circo. El rey Franz preside la fiesta rodeado de los altos dignatarios de la nación, y las más hermosas damas de la corte, cubiertas de ricas galas, semejan una guirnalda de esmaltadas flores alrededor del anfiteatro.

Hace el rey la señal de costumbre; ábrese la puerta del recinto de las fieras, y da paso á un león de traza majestuosa. El rey de las selvas sale con lentitud y se dirige al centro del redondel. Una vez allí, alza su melnuda cabeza, pasea la vista con indiferencia por la muchedumbre que puebla gradas y balcones, lanza un sordo aullido, que más parece indolente bostezo, y se echa en medio de la plaza.

El rey hace segunda señal; se abre de nuevo la puerta, y sale por ella, dando un terrible salto, un tigre feroz, ligero, flexible, ostentando una piel reluciente de vivísimos colores, y ojos que deslumbran con fatídico brillo. Al ver al león se detiene sorprendido, agita la cola y enseña los blancos y afilados dientes; mas de repente, y tranquilo en la apariencia, se dirige hácia el sitio que ocupa la fiera, describiendo ancho círculo alrededor de ella, lanza después un ronco gemido y se coloca, al fin, al lado del león, que permanece impassible.

A la tercera señal del rey, arrojan dos leopardos las jaulas de hierro, y no bien aperciben al tigre se precipitan furiosos sobre él, que ya los espera prevenido, contesta con bravura á sus ataques, y los detiene con el esfuerzo poderoso de sus garras, que todo lo arrollan en tan formidable lucha.

A su vez se levanta el león rugiendo de tal suerte, que las otras fieras guardan silencio atemorizadas, y toma parte en el combate con tal empuje que los leopardos ruedan á los pocos instantes por la caliente arena, harta ya de la sangre que brota de las anchas y profundas heridas de vencidos y vencedores.

Entonces, y cuando era más intensa la fiebre que embravecía al tigre y al león, ébrios de furor con aquel espectáculo en que se vertía sangre propia y extraña, y del dolor además que les causaban las heridas, cayó entre ambas fieras un guante lanzado por la hermosa y blanca mano de la noble Cunegunda, la cual, volviéndose al caballero de Lorges, le dirigió irónicamente estas palabras:

—Si es vuestro amor tan grande como á cada hora me lo jurais de rodillas, id, y recoged ese guante.

Saluda el joven á su dama por toda respuesta: baja al redondel; marcha con paso firme y resuelto, y recoge el guante de entre las fieras, que se miran sorprendidas de su audacia.

Pasado aquel momento de terrible ansiedad, y fuera ya el caballero del riesgo mortal que acababa de afrontar con tan sereno valor, prorumpen en vítores y aplausos los espectadores de tan conmovedora escena.

Disponíase Cunegunda á recibir al joven con una mirada de inefable dulzura, cuando éste, arrojándole el guante al rostro:

—Sois más feroz que las fieras,—la dijo; y sin añadir palabra, se alejó de aquel sitio que acababa de ser testigo del capricho extraño y cruel de Cunegunda y de su valor caballeresco.

SCHILLER.

Traducción de CÁRMEN LUCCINI.

BIBLIOGRAFÍA.

LAS 1633 NOTAS DE HARTZENBUSCH Á LA PRIMERA EDICION DEL QUIJOTE (1).

SUMARIO: Regalo de Lopez Fabra.—Se pide la vènia.—Por las cinchas del caballo.—Salteadores de caminos.—Respuesta confusa y sus traducciones.—Doña Rodriguez.—Opinion respetable de Godoy Alcántara.—Provincialismo de Madrid.—Cebollas y cuchillos.—El Diccionario, Don Quijote y Cervantes.—Palabras del Ingenioso Hidalgo que no trae el Diccionario.—El carreton y el ferro-carril.—Juicios de Fernandez-Guerra y de Barrantes sobre Hartzzenbusch.—La fotografia y la imprenta.—Importancia y utilidad del facsimile del Quijote de 1605.—Muletillas de Cervantes.

Al Excmo. é Ilmo. Señor

D. Juan Eugenio Hartzzenbusch, etc., etc., en Madrid.

Excmo. é Ilmo. Señor:

Mi querido señor y dueño: A la bizzarria de nuestro comun amigo Lopez Fabra debí como regalo un ejemplar del bello facsimile del Quijote de Juan de la Cuesta. Luego recibí copia de *Las mil seiscientas treinta y tres notas* que usted ha puesto á la expresada edicion, con cuyo nuevo y valioso libro ha vuelto á obsequiarme el antedicho editor. Este me honra y favorece con más de lo que yo merezco, razon por la cual siempre estoy convertido en su deudor; pero llevando con mucho gusto la para mí satisfactoria carga del agradecimiento.

* *

Aquí debiera yo consignar media columna de salvedades y pedir la vènia como letrado que se propone disparar varias saetas contra la providencia de un tribunal. Para mí, Sr. D. Juan, el de usted, en materias literarias, vale mucho más que el Supremo de Justicia en asuntos jurídicos. Su sentir de usted hace á mis ojos de lo blanco negro, de lo negro blanco, de lo curvo recto y de lo recto curvo, como diz que dicen las gentes del foro para ensalzar y ponderar la fuerza de la cosa juzgada. Sentado tal precedente, ruego á usted que no vea en esta misiva más que una prueba de que he leído muy despacio y con singularísimo deleite, áun cuando con poco aprovechamiento y escasa minerva, el notable volúmen con que acaba usted de enriquecer á la literatura española y de causar el encanto de los cervantófilos.

* *

Pena me causaria que desapareciesen de las modernas ediciones del Quijote aquellas famosas palabras (nota 85) de *que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo*. Aquí, como en el *sudar los dientes* á maese Pedro ántes de rescatar su mono; en el *apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas* para dar acogida á la bizzarra doncella Doña Clara de Viedma; en los *nuevos mundos* por

donde pensó pasar D. Quijote para no romper las redes colocadas por las zagalas de la pastoril Arcadia; en los pinceles y buriles de Parrasio, Timantes, Apeles y Lisipo, únicos capaces de representar la hermosura de Dulcinea en tablas, mármoles y bronces y en otras locuciones análogas del gran libro, no veo más que el producto lógico de la fecundísima imaginacion de Cervantes, empujada por las extravagantes aventuras de los libros caballerescos, por la sublime locura con que dotó al Manchego y por los giros y modos de explicarse y de ponderar, que áun hoy dia tienen los chuzones malagueños ó sevillanos, y de cuyos dichos, ocurrencias y costumbres se mostró Cervantes exacto y fidelísimo pintor en la mayor parte de sus escritos. Cualquiera mozuelo de la playa de Sanlúcar ó del Poteo de Córdoba, entenderá muy bien, sin esfuerzo ni sombra de confusion, «que el gozo de D. Quijote por verse armado caballero, era tanto y tan fuerte, que saliéndosele del cuerpo, atravesaba la ropa, silla y caballo, hasta salir impetuoso y reventar por las cinchas de Rocinante.»

* *

Salteadores de caminos llamó D. Quijote á los cuadrilleros, devolviéndoles la misma calumnia que de ellos habia recibido (nota 877): Creo que así debe leerse y conservarse, puesto que el Manchego pone la estupenda añadidura de *con licencia de la Santa Hermandad*. Esto redobla y da gran valor á la réplica del Hidalgo. A él le dijeron *ladron* á secas, y él contesta: «Vosotros sois peores, sois ladrones convertidos, tolerados, autorizados con la capa y sombra de la Santa Hermandad.» Que Cervantes no era devoto de la tal institucion se prueba con este y con otros pasajes de sus obras.

* *

Muy clara debe ser para los españoles, cuando ni usted ni otros comentaristas, que yo sepa, se han ocupado en glosarla ó corregirla, cierta respuesta de D. Quijote. Copiaré el párrafo en que se halla. «Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos. *Como eso no habrá llegado*, replicó D. Quijote.»—Los extranjeros hallamos vacía de sentido semejante réplica. Si el Hidalgo, á quien no debió agrandar que Vivaldo desconociese el apellido del Toboso, quiso devolverle la estocada, pudo contestar:

Como el vuestro no habia llegado á los míos; ó Pues con esto habrá llegado; ó bien en interrogativo y con admiracion diria: *¿Es posible que no haya llegado!* etc., etc.

Citaré á usted, á fin de excusarle molestia en

(1) Barcelona, Ramirez, 1874.

buscarlas, algunas versiones del renglon que me ocupa para demostrar que tal como se encuentra en el texto, no lo han comprendido fuera de España. Por curiosos tengo los giros extranjeros para aclarar la oscuridad de la respuesta del manchego.

EN PORTUGUÉS.—...posto que a fallar a verdade similhante appellido nao chegou até agora aos meus ouvidos. ¿Similhante appellido? ¡Certo que nao tereis ouvido, tornou Don Quixote, outro como elle.

EN ITALIANO.—...adonta che mi sia ignoto interamente. ¿Come ignoto?—replicó don Chisciotte.

EN FRANCÉS.—...à dire le vrai; ce soit ici la première fois que j'en entende parler.—¿Comment est il possible; répondit Don Quichotte, que cela n'ait pas été jusqu'à vous?

OTRA EN FRANCÉS.—Quoique ma famille... soie des Cachopin de Laredo, je n'oserais la mettre en parallèle avec celle du Toboso de la Manche; et pourtant, à vrai dire, ce nom et ce titre n'étaient pas encore arrivés jusqu'à mes oreilles.—C'es, pour cela (*es decir por ser usted un miserable Cachopin de Laredo*) qu'ils n'y sont point arrivés, répondit Don Quichotte.

EN INGLÉS.—...such appellation hath till now ever reached my ears.—¿It is possible you should never heard it! exclaimed Don Quixote.

OTRA EN INGLÉS.—...i never before heard of any such generation. How, not heard! replied Don Quixote.

EN ALEMÁN.—¿Wie davon ware Euch nichts zu Ohren gekommen.

Excuso añadir traslados rusos, holandeses y suecos, pues poco más ó ménos se hallan calcados sobre algunos de los que señalo. La mayor parte de las traducciones del *Ingenioso Hidalgo* han sido hechas teniendo á la vista el texto inglés ó francés, y pocas veces el castellano. Claro es que ninguna lengua de Europa estampaba la confusa respuesta de *como eso no habrá llegado*, que fué la dada por D. Quijote, segun todas las ediciones impresas en lengua española.

Dijo Clemencin que para él era caso nuevo el nombre de *Rodriguez*, que parece de razon, aplicado á la Dueña de la Duquesa, y que debió decirse *la Rodriguez*. Usted consigna (nota 1337) que no hace buen efecto llamar á las mujeres por sólo su apellido. Aquí el *Rodriguez* no es nombre de familia, puesto que la servidora de la Duquesa manifestó que se llamaba *Doña Rodriguez de Grijalva*, y por *Doña Rodriguez* se nombra repetidas veces en el discurso de la novela. El notabilísimo *Ensayo sobre apellidos castellanos*, por D. José Godoy Alcántara (Madrid, 1871, pág. 67) justifica que Cervantes no faltó á los

giros y modismos del lenguaje de su tiempo, llamando *Rodriguez* á secas á la Dueña; y para probar su opinion cita varios testamentos de personas de cuenta otorgados en el siglo XVI, en los cuales se lee *Pineda*, mi criada... *Delgadillo*, mi prima monja... *Carranza*, mujer de Juan de Salas, etc., demostrando que son designaciones femeninas por sólo el apellido, sin necesidad del artículo que echó de ménos D. Diego Clemencin. Desde los tiempos de San Luis, dice Pierre Dufour (ó quien así se apellida) en su célebre *Histoire de la Prostitution*, que el artículo se aplicaba á las mujeres de la vida airada. Lo propio sucedia y sucede en España, y por eso Cervantes se lo pone á *la Tolosa* y á *la Molinera*, ó bien á las pobres gentes como *la Ricota*. Tambien lo llevan, tanto en la historia como en nuestra época, la famosa humanista *la Sigea*, la escultora *la Roldana*, la actriz *la Ristori*, etc., etc. Resumiendo diré que el artículo femenino solamente se aplica en España á tres clases de mujeres: á las altas y distinguidas; á las bajas y humildes, y á las traídas y llevadas. La costumbre de que las clases medias de Madrid digan casi siempre *la Pepa*, *la Juana* ó *la Antonia*, no pasa de ser un provincialismo, una excepcion con ribetes de ridícula de la regla general que se deja consignada. El público, dice el sabio Godoy Alcántara en su escrito ya citado, no le aplicaba el *la* á la mujer, ni áun de humilde esfera, que por algun concepto pretendiese á respetabilidad, en cuya clase, por razon de posicion y oficio, estaba comprendida la Dueña Doña Rodriguez de Grijalva (1). Casi todo este párrafo, Sr. D. Juan, reza con Clemencin y no con usted.

* *

Al describir aquella famosa comida dada á Sancho por Ricote y demas peregrinos que le acompañaban, dice el texto lo siguiente:

«Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo ménos de cosas incitativas y que llaman la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las hierbas, pusieron sobre ellas *pan, sal, cuchillos, nueces, rajadas de queso, huesos mondos de jamon*, que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescado, gran despertador de la colambre; no faltaron *aceitunas, aunque secas* y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas»

(1) Creo que una sola vez (capítulo I, parte segunda), cuando oyó la Duquesa que la Rodriguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, se nombra en el Quijote á la dueña precedida del artículo femenino. En los demas pasajes de la fábula se dice siempre Rodriguez ó Doña Rodriguez.

»das... Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la *punta del cuchillo* y »muy poquito de cada cosa.»

Llamada la atención sobre lo que apunto en *bastardilla*, me ocuparé de la *nota núm. 1453*. A la duda de usted relativa al uso de la *sal* en esta comida, le contesto que hoy mismo suelen los campesinos y cazadores de Écija, de Moron y de Carmona, agregar un polvo del dicho condimento á las *aceitunas secas y sin adobo*, que continúan siendo en este siglo, como en el XVI, *sabrosas y entretenidas* para los paladares á ellas acostumbrados.

Con respecto á los *cuchillos*, casi nunca olvida Cervantes mencionarlos en los más ó menos frugales convites que describe. Cuando riñó D. Quijote con el cabrero, andaba éste buscando á gatas algún *cuchillo de la mesa* para tomar sangui-nolenta venganza; con la punta del *cuchillo* dió el canónigo al expresado cabrero los lomos de un conejo fiambre, y ninguno de los catorce comensales de Monipodio dejó de sacar su *cuchillo* de cachas amarillas al sentarse alrededor de aquella estera cubierta con sábana por manteles. Calculo que por dicha razón los nombró Cervantes entre las cosas que los peregrinos pusieron sobre las hierbas, cuidando de añadir, á los pocos renglones, que no tomaban el alimento con la mano sino con la *punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa*.

No estoy enamorado de la fuerza de mis argumentos, y usted podrá replicar, y con razón, que los *cuchillos* no son cosa *de comer*, y que así no deben colocarse, ni Cervantes los colocó jamás en la lista de manjares, ó *menú* como ahora se dice. Cierto y conforme, Sr. D. Juan. Pero también convendrá usted conmigo en que las malditas *cebollas* crudas no pudieron escaparse en esta ocasión de la pluma del soldado de Lepanto. A ellas y á los ajos profesaba enemiga nuestro autor (1). Recuerde usted estos pasajes:

No comas ajos ni cebollas (aconseja D. Quijote á Sancho) porque no saquen por el olor tu villanería.

Bellaco, harto de ajos, dice colérica la Dueña Rodriguez á Sancho.

Don Villano, harto de ajos, exclama D. Quijote al querer darle á la fuerza seis mil seiscientos azotes.

(1) Para este punto y para cuantos se relacionan con la parte gastronómica del Ingenioso Hidalgo, léase el discreto y erudito trabajo LA COCINA DEL QUIJOTE, con cuya dedicación me favoreció mi antiguo y excelente amigo el Ilmo. Sr. D. Cesáreo Fernandez Duro, capitán de Marina, etc. Véase el periódico de Madrid *La Ilustración Española y Americana* de los días 8, 16 y 24 de Setiembre de 1872, donde se halla impreso.

Hija del harto de ajos, llámase á sí misma Sanchica.

Cuando el Hidalgo llegó á subir á la encantada Aldonza sobre su hacanea, le dió un olor de ajos crudos que le encalabrino y atosigó el alma.

Vengamos á las *cebollas*, á quienes Cervantes consideró siempre como el límite más ruin, villano y miserable en el orden de los manjares.

El buen Panza dijo que mejor quería sustentarse siendo Sancho á secas con pan y *cebolla*, que Gobernador con perdices y capones. Con gran gusto cenó un salpicon de vaca con *cebolla*, advirtiéndole al doctor Recio que no le diese de comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, pues sería sacar de sus quicios á su estómago acostumbrado á cabra, tocino, nabos y *cebollas*.

El hambriento Gobernador de la Barataria solicitó del maestra sala algo de yantar, aunque fuese un pedazo de pan y una *cebolla*. Poco después de la aventura de los frailes benitos, pidió el Hidalgo de comer á su escudero. Este presentó una *cebolla*, un poco de queso y mendrugos de pan, advirtiéndole que no eran manjares dignos de tan valiente caballero. Quijano advierte que los andantes se alimentarían con viandas rústicas, tales como las ofrecidas por Sancho.

El mismo replica á su amo cuando le hacía la gran merced de sentarlo á su lado para comer con los cabreros, que mejor le sabía lo que tomaba en su rincón, aunque fuese pan y *cebolla*, que los gallipavos de otras mesas.

Un pedazo de pan y cuatro libras de uvas reclamó Sancho al mandar que metiesen en un calabozo al doctor Recio, y solamente medio pan y medio queso demandó al salir de la Ínsula. En ninguna de estas apretadas y hambrientas ocasiones se acordó de las *cebollas*.

Ahora bien: si las alforjas de Ricote y de su gente venían, como dice el texto, *bien proveídas*, de seguro que no encerraban *cebollas*, pues no eran ellas *buena provision*, según el paladar de Cervantes, ni la mencionada hortaliza puede contarse tampoco entre las *cosas incitativas y que llaman la sed de dos leguas*.

Quite usted, si le parece, la *sal* y los *cuchillos*; pero por la salud de Brillat-Savarin, reemplácelos usted con *sardinias en lercha*, con *salado curadillo* ó con otra cualquiera cosa análoga, y nunca con las pícaras *cebollas* crudas, picantes para la lengua, desagradables para las narices, promovedoras de lágrimas para los ojos, y relegadas siempre por Cervantes al más bajo escalon de los alimentos humanos.

* * *

Creo que son poquísimos los escritores que han conseguido el señalado triunfo de que los nom-

brés propios de sus personajes fantásticos lleguen á figurar en los léxicos como comunes, enriqueciendo así el idioma de su patria. *Fray Gerundio de Campazas* y *D. Quijote de la Mancha* son, si no me engaño, los únicos que han alcanzado en España semejante lauro. La undécima edición académica del *Diccionario de la Lengua Castellana* contiene los siguientes párrafos:

GERUNDIADA.—Expresión hinchada y ridícula con que se afecta impertinentemente erudición é ingenio, sobre todo en oratoria sagrada.

GERUNDIO.—El que habla... en estilo hinchado, afectando... ingenio y erudición...

DULCINEA.—La dama ideal de *D. Quijote*. Hoy, en estilo familiar, se dice aludiendo á la mujer querida.

MARITORNES.—La moza ordinaria, fea y hombruna, por alusión á la que con este nombre introdujo Cervantes en el *D. Quijote*.

QUIJOTADA.—La acción ridículamente seria...

QUIJOTE.—El nombre ridículamente grave... El nimiamente puntilloso. El que á todo trance quiere ser juez ó defensor de las cosas que no le atañen. En este caso suele ir precedido del DON.

QUIJOTERÍA.—El modo de proceder ridículamente grave...

QUIJOTESCO.—Lo que se ejecuta con quijotería...

QUIJOTISMO.—Exageración de los sentimientos caballerosos...

ROCINANTE.—Rocin matalon.

Quien tiene lo más debe pretender lo ménos. Y digo implorando el favor de usted, para que, si le parece justo, interponga su autoridad é influjo á fin de que en la futura edición del *Diccionario* den hospedaje á todos ó á parte de estos vocablos:

CERVANTESCO, CERVANTINO.—Véase *Cervantico*.

CERVANTICO.—Lo perteneciente á Cervantes. Aplícase al estilo, lenguaje, ó giros de un escrito, cuando son ó se asemejan á los de dicho autor.

CERVANTISMO.—La condición de Cervantista.

CERVANTISTA.—El que estudia, comenta ó es muy afecto á los escritos de Miguel de Cervantes.

CERVANTÓFILO.—Véase *Cervantista*.

Varios distinguidísimos escritores, entre los cuales cuento á usted en primera fila, han usado algunas de dichas palabras, y por si usted no da crédito á las mías, apelo á la columna segunda, página 199 de las eruditas *Notas*, de que me ocupo en la presente misiva. Si el ya mentado *Diccionario* da hoy honrada colocación á medio centenar de palabras, cuyas raíces, según expresa el mismo libro, son nombres de santos, de filósofos, de reyes, de revolucionarios, de poetas, de artistas, de herejes, de médicos, de escritores, de

geógrafos, etc., etc., tales como Isidoriano, Platónico, Isabelino, Carlista, Pindárico, Churriguesco, Luterano, Hipocrático, Ciceroniano, Copernicano, etc., etc., créo que nadie podrá tachar de maquiavélica á la Academia Española, porque al honrarse á sí misma honre también á los derivados del ilustre nombre de CERVANTES, colocados en las columnas de su futuro *Diccionario*. Claro es, Sr. D. Juan, que no siendo yo académico, he de usar sin el menor escrúpulo y siempre que se me antoje cualquiera de las antedichas palabras, apúntelas ó no el catastro oficial de la Academia. Haga ésta su santa voluntad; haga yo la mía, y Cristo con todos. Por si pega, y como último argumento en pró de la causa que defiende, recuerde usted que en Francia llaman *Montagnophiles* á los aficionados ó coleccionistas de las obras del famoso escéptico y profundo escritor Miguel de Montaigne.

* * *

Volvamos á las *Notas*.—Me encanta la discreta observación que hace usted (número 1.191) al decir que á *Cervantes se le entiende siempre*. Por eso, hasta nosotros los extranjeros adivinamos aproximadamente el sentido, no sólo de las locuciones obscuras, sino también de las palabras *bienintencionadamente, baciyelmo, pantalia, admínicula*, y otras varias apuntadas en el *Quijote*, y que no se hallan en ninguno de los mejores diccionarios de Europa. En cuanto á la construcción y paciencia que revelan las glosas de usted, me faltan palabras bastantes para encarecerlas.—No es la de usted la erudición fastidiosa plagada de citas, acotaciones y referencias para demostrar lo mucho que vió y leyó el autor; no señor. Usted nos presenta su obra sin la andamiada que sirvió para levantarla. Usted nos la entrega limpia, esbelta y galana. Causa angustia (y vaya de símil) ver al pobre rocin arrastrando penosamente el carretón en que conduce corta cantidad de paja, y por el contrario, el ánimo se alegra al contemplar la fornida locomotora que, sin quebranto ni aparente esfuerzo, arrastra wagones atestados con lingotes de hierro. Las obras de erudición me producen un efecto análogo al que revela el antedicho ejemplo, y excusado será añadir que al repasar las *Mil seiscientas treinta y tres notas* de usted á la primera edición del *Quijote*, creo ver á la potente máquina llevando con tanta soltura como equilibrio tamaña balumba. Es necesaria una vista superior á la que el vulgo supone en el lince, para percibir ciertas erratas de las que usted ha notado en el libro de Juan de la Cuesta. La firmeza de memoria, la rectitud de juicio, el profundo estudio que ha hecho usted de las obras de Cervantes, y los extensos conocien-

tos que usted posee en el habla castellana, se revelan desde la *Advertencia* con que comienza el volúmen, hasta los artículos intitulados *Conclusion* y *Lope* con que remata. Un sabio de tomo y lomo, compañero de usted en la Academia Española, y persona á quien yo venero y respeto en todo lo que se merece, me decia hace pocos años, hablando de usted, las palabras que voy á repetir: «Es admirable lo que Hartzenbusch sabe: es una biblioteca andando: lleva en su cabeza cuanto ha leído: todo lo recuerda, todo lo comenta y en todo falla atinadamente.» Con diversa forma, pero coincidiendo en el fondo, acaba de hacerse otro juicio de usted. Hállase éste en un cuaderno de poco volúmen y de mucho peso, que contiene el *Discurso leído ante la Academia de Historia en 21 de Junio de 1874*, por mi amigo el Excmo. Sr. Barrantes. Dice al hablar de D. Agustín Montiano, que era *modelo de hombres laboriosos y de escritores concienzudos, especie de Hartzenbusch de aquellos tiempos, aunque el nuestro le lleva gran ventaja*. Atestiguo con estas dos citas respetables para dar mérito á mi opinion, y para que no vea usted en ella, ni la sombra de la lisonja, ni la parcialidad del amigo.

La reproduccion fotográfica de la primera tirada del *Quijote*, puesta seca y sin glosas en manos de nosotros los lectores vulgares, no pasaria de ser una curiosidad ó una bartatija bibliográfica, si no la consideráramos como prueba física de un gran adelanto industrial. El coronel Lopez Fabra, que sabe lo que se dice y sabe lo que se hace, delegó en usted el complemento literario de su trabajo. Ahora pueden apreciarse las variantes, las faltas y los descuidos de redaccion y de imprenta con que salió á luz la obra, á quien los años, contraviendo al orden de naturaleza, dan juventud y lozanía, en lugar de vejez y debilidad. Ahora en tres volúmenes tenemos á la vista las más antiguas y autorizadas ediciones del Ingenioso Hidalgo: ahora cada cual puede hacer en su retiro el estudio, las comparaciones y los comentarios á que más se preste su inclinacion y su carácter. La fotografía en el siglo XIX ha sido para las rarezas de la imprenta, lo que la imprenta fué en el XV para los manuscritos. Ambos inventos han convertido en vulgar lo raro; es fácil de adquirir en propiedad lo que era favor disfrutar como préstamo; ámbos han seguido una marcha análoga; ámbos han pasado en corto tiempo desde la niñez á la virilidad. La infancia de la imprenta produjo estampas ántes que letras, y el daguerreotipo dió retratos ántes que libros. Los primeros volúmenes de molde se vendieron como si fuesen escritos á mano, así como hoy se han enajenado por autógrafos algunos facsímiles fotográficos.

Las antiguas ediciones del *Quijote*, ilustradas por usted, pueden probar, entre otras cosas, la precipitacion con que Cervantes escribia, la priesa con que trasladaba al papel con abreviaturas y en maldita letra procesada, los pensamientos que bullian en su cabeza. De aquí nacieron esas mil faltas que aumentó la imprenta por mala leccion unas veces, y por mala inteligencia otras; faltas que ni el corrector de pruebas de casa de Cuesta, ni el licenciado Múrcia de la Llana, ni el mismo Cervantes, cada cual por motivos diferentes se curaron de enmedar ni de corregir. El autor creo que era el ménos á propósito para semejante faena. Preocupado con el plan de su libro, impregnado quizá en algo de la elevadada locura de Quijano, viejo, pobre, perseguido por la sombra de Avellaneda, y lleno de hastío y de sinsabores, mal artífice de lima y pulimento debia ser y fué, quien en el orden físico descargó el golpe del ridículo sobre la paciencia, prolijidad y descanso que se necesitan para hacer jaulas y palillos de dientes ó polidas cucharas, y otras zarandajas pastoriles; y en el literario estropeaba las citas equivocando hasta el nombre de sus autores.

* * *

Asegura un proverbio inglés que por una pequeña grieta puede entrar mucha luz. No sé si alguien se ha ocupado en señalar las *muletillas* de los escritos cervánticos. Ellas podrán ser, unidas con otros datos, un indicio que no estorbe para juzgar si son ó no de dicho escritor los libros que dejó descarriados y sin el nombre de su dueño. Las *muletillas*, ó si el nombre es ofensivo, los elegantes resortes gramaticales y retóricos usados oportuna y lindamente, pero con pluma pródiga, por Miguel de Cervantes, quizá confirmen con argumento moral, la idea que ántes apunto relativa á la priesa con que dicho autor escribia.

Después de los nombres de personajes, de las preposiciones, verbos auxiliares y demas palabras que vienen á ser como la sangre del discurso, las que más prodiga Cervantes en varias de sus obras, usándolas con lujo en el *Quijote*, y con verdadero despilfarro en los últimos capítulos de dicho libro; las que pone en boca de todos los interlocutores de la gran novela, son á mi parecer, EN FIN, EN RESOLUCION y FINALMENTE. Vea usted un cuadro sinóptico tomado de la edicion de Clemencin:

		En fin.		En resolucion.		Finalmente.
Tomo	I.....	3	5	3
»	II.....	2	7	1
»	III.....	6	11	12
»	IV.....	4	4	23
»	V.....	4	12	20
»	VI.....	4	6	31
	TOTALES.....	23	45	90

¿No parece esto revelar el afán de acabar la precipitación en escribir, y *finalmente* el deseo de condensar en pocas palabras el pensamiento que antes dejaba estampado? ¿No retrata este total de ciento cincuenta y ocho locuciones análogas, al poeta y al hombre de imaginación y de viveza, más bien que al matemático ó al escritor que trabaja con sosiego y en apacible calma?

Usted dirá y fallará sobre este y sobre los demás puntos de la presente misiva. Si todos ellos son disparatados ó impertinentes, cantaré gustoso la palinodia. De lo único que no pienso retractarme es de lo honrado que me hallo con la amistad y atenciones que usted dispensa á este su servidor Q. L. B. L. M.

Excelentísimo é Ilustrísimo Señor:

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Lóndres; Picadilly 24; 5, Julio.—1874 años.

LA MUJER PROPIA.

LEYENDA DRAMÁTICA DEL SIGLO XVI.

(Continuación.) *

ESCENA XIV.

PEREZ y COELLO que sale por la izquierda con ESCOBEDO, el cual se retira inmediatamente por el lado opuesto.

ESCOBEDO.

¡Si yo no tengo valor!
¡Si tengo helada en las venas
la sangre!

COELLO.

(Con voz débil.) ¿Te vas?...

ESCOBEDO.

Sí.

COELLO.

Apénas
puedo andar...—Perez...

PEREZ.

¡Señor
don Alonso!

COELLO.

Dadme, os ruego...

PEREZ.

¿Qué?...

COELLO.

Apoyo.

(Cogiéndose del brazo que Perez le ofrece con solicitud.)

PEREZ.

Me honrais á fe.

(¡Quién sabe si yo tendré

que pedirte á tí luego!)

¿Qué os pasa?

COELLO.

Va á comenzar
la ceremonia...

PEREZ.

(Con exagerado interés.) ¡Decís
que va...

COELLO.

¡Pues también sentís
vos...

PEREZ.

Yo no puedo mirar
con ánimo indiferente
tan duro, tan inhumano
dolor, hiriendo á un anciano
tan digno... (Y tan influyente.)

COELLO.

¡Gracias!... (Con efusión y apretándole las manos.)

PEREZ.

Yo sufro á mi vez...

COELLO.

Mi sueño era ver á Juana
casada... (Confidencialmente.)

PEREZ.

Sí, hallar mañana
juventud en la vejez.

COELLO.

Tranquilidad.

PEREZ.

Y el consuelo
mayor que la vida encierra:
morir... rodeado en la tierra
de los ángeles del cielo.

COELLO.

¡Nietos!... ¡Oh! callad, callad...

PEREZ.

Y, excepto Vazquez, ninguna
persona á la alta fortuna
aspiró de...

COELLO.

¿No es verdad
que es extraño?

PEREZ.

¡No que no!

COELLO.

En cuna y riqueza ¿quién
compite con mi hija?

PEREZ.

(Bien

mirado lo tengo yo.)

COELLO.

Pues si de la monarquía
hoy alcanzo en el gobierno
influjo y poder, mi yerno,
naturalmente, sería...

* Véanse los números 20 y 21, págs. 84 y 84.

PEREZ.
(¡Qué ideal)

COELLO.
Estais silencioso,
grave...

PEREZ.
Vuestro afan provoca
á... (Si es imposible... ¡y loca!...
¡Si hasta eso tiene de hermoso!)
¡Ay!...
(Suspirando y llevándose una mano á la frente con expresion de angustia.)

COELLO.
Perez... ¿qué desvarío
es este?

PEREZ.
Perdon... Yo os deajo.
Vuestro llanto es un espejo
en que se refleja el mio,
y unirlos, pienso, señor,
que es remedio inoportuno;
de dos ríos se hace uno...
pero se hace uno mayor.
—Adios.

COELLO.
Oid... No me explico...

PEREZ.
Me voy... temo no ser firme
para...

COELLO.
(Cogiéndole del brazo.) No os vais sin decirme...

PEREZ.
¡Oh! nunca... (Como aterrado.)

COELLO.
Yo os lo suplico.

PEREZ.
No.

COELLO.
Y si es fuerza que os lo exija,
por mi autoridad reclamo...

PEREZ.
(Seré obediente.) Yo amo
con pasion á vuestra hija.
(En tono á la vez humilde y exaltado.)

COELLO.
¡Vos?...

PEREZ.
Ya os he dicho que sí.

COELLO.
¿Estoy despierto ó soñando?...
(En la mayor inquietud.)

PEREZ.
¿Qué vos la amais?... ¿Desde cuándo?

PEREZ.
Desde... desde que la ví.

COELLO.
¿Sí?...

PEREZ.
¿Quién, viéndola, dejó

amarla para despues?
COELLO.
Antes la elogiásteis...

PEREZ.
¡Pues!...

(Ya no me acordaba yo.)
COELLO.
Mas ¿qué es lo que os ha obligado
á callar?...

PEREZ.
Que la malicia
no atribuyese á codicia
ó ambicion mi afecto honrado.

COELLO.
Pues ¿quién á tales creencias (Con calor.)
puede...

PEREZ.
Como sabe el mundo
que lo cierto está profundo...
(Llevándose la mano al corazon.)
se atiende á las apariencias.

COELLO.
Nadie debe sospechar
que en vos tal bajeza cabe.
Teneis ingenio y... ¿Quién sabe
(El rostro de Perez se anima.)
á dónde podeis llegar?
¿No os estima el soberano?
¿Y yo...—¿Vos fuérais esposo
de mi Juana... (Muy abatido.)

PEREZ.
(¡Ah!) (Con alegría.)

COELLO.
Y yo dichoso
á recordar más temprano.
En la virtud da al través
del vulgo el encono fiero.

PEREZ.
¡Ah!... Si aún fuera tiempo! (Con mucha expresion.)

COELLO.
(Despues de una brevisima pausa, alzando repentinamente la cabeza.)
Pero
¿quién dice que no lo es?

PEREZ.
(¿A que él mismo va á empujarme...)

COELLO.
Con probar ¿se perderia
algo?

PEREZ.
¡Aquí... y en este dia!
(No tiene el viejo un adarme
de juicio.)

COELLO.
¿Dudais?

PEREZ.
Sí; dudo.

no es posible. (Así se aumenta su afan.)

COELLO.

Tal se nos presenta lo que vemos á menudo, en la vida. Satisfecho niega lo que no comprende el hombre ;y no se sorprende despues que lo mira hechol ¡Imposible? ¡Para Dios todo es posible! Ella ignora vuestro afecto, y hasta ahora, siempre me ha hablado de vos haciendo justicia plena á la instruccion y al talento que teneis... Y, hace un momento, al verme llorar de pena... ha llorado... ¡Síl Mi hija me quiere... ¡Vaya! ¿Quién pudo dudarlo? Y yo... Yo no dudo que hará lo que yo la exija. Porque yo no tengo empeño en labrar su desventura... Y esto no es una locura, ni un disparate, ni un sueño! —Voy por ella. Meditad lo que la decís y cómo se lo decís... ¡Mucho aplomo! ¡Muchísima habilidad!... Y dadme un abrazo, dos, tres... ¡mill!... ¡Mi hija casada!...

(Volviendo desde la puerta, y retirándose por la izquierda.)

—Y creedme... Antonio... no hay nada imposible para Dios.

ESCENA XV.

PEREZ solo un momento; despues COELLO, que vuelve á salir por donde entró, trayendo de la mano á DOÑA JUANA prendida ya para la profesion; corona de rosas, velo, etc.

PEREZ.

Bien. (Como resignándose.) Antonio ¿estás tan loco tú como el mísero-viejo?... Yo... ni le empujo ni dejo de resbalarme tampoco. —A dar cima á tal empresa... Noble... rico... y el futuro ministro... Y el Rey seguro de que no amo á la Princesa... Si con mi intencion no salgo... Pero la divina gracia me ha dado genio y audacia... ¡Empleémoslos en algo! (Perez se aparta á un lado.)

DOÑA JUANA.

Antes explicadme... (En la puerta.)

COELLO.

Ven

conmigo.

DOÑA JUANA.

Como querais.

COELLO.

¿Tú anhelas mi bien?...

DOÑA JUANA.

¿Dudais

que yo anhele vuestro bien, señor?... Perez...

PEREZ.

(Dando un paso hácia ellos.) (Ya prendida... ¡Hermosa está, voto á briós!...)

COELLO.

De lo que aquí hableis los dos, Juana, depende mi vida.

DOÑA JUANA.

¿Pues...

COELLO.

Me hallo muy poco fuerte para perder esta nueva ilusion... Oye, y aprueba sus palabras... ó mi muerte.

DOÑA JUANA.

Vos mandais con justo título... mas ved que la corte está esperándome, que va á congregarse el capítulo.

COELLO.

Veréal Rey. (Doña Juana va á hablar.) El labio sella. (Aquí os dejo con mi honor. (A Perez.)

PEREZ.

Podeis confiar, señor, en mí...

COELLO.

Ya lo sé... y en ella.)

CÁRLOS COELLO.

(La-continuacion en el número próximo.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Academia de Ciencias de Paris.

20 JULIO.

Se da cuenta de que la Asamblea nacional en su sesion del-18 ha aprobado por 532 votos contra 24 el proyecto de ley concediendo á M. Pasteur, como recompensa nacional por sus trabajos científicos, una pensión anual de 12.000 francos, que podrá ser trasmitida, por la mitad del importe, á su viuda.

—M. Du Moncel presenta el resultado en sus experimentos sobre los cuerpos leñosos, los cuales son tanto más conductores de la electricidad, cuanto más humedad contienen. Si se les quita todo el agua por medio de la presion, su con-

ductibilidad disminuye de una manera notable. —M. Bertrand da cuenta de sus experimentos sobre la acción recíproca de las corrientes, y dice que en todos los tratados de física se establece que dos elementos de corriente se atraen cuando son en el mismo sentido, y rechazan en el caso contrario; pero que esta proposición es falsa y diametralmente contraria á lo que resulta de la ley de Ampere.

Academia de geografía de Paris.

EXPLORACIONES EN CHINA.

M. Daubrée comunica por encargo del abate Armand David un resumen de su viaje durante los dos años últimos, y presenta un mapa de la China, en el cual ha trazado el itinerario del célebre viajero naturalista. El diario detallado se imprimirá en los *Anales du Museum*, y comprende la relación de un viaje al Kan-Sou, una estancia de cinco meses en la cadena de los montes Tsin-Lin, que encierra una fauna poco diferente de la de Chen-Si, y una exploración bastante fructuosa al Kiang-Si y al Fokien oriental, que es un magnífico país para los naturalistas. Cuatrocientas leguas de navegación en el Yang-Tse, y, sobre todo, ocho meses de excursiones en las dos provincias que acabamos de nombrar, le han dado por resultado un buen número de descubrimientos importantes para la zoología. Además de un gran número de tipos raros y poco conocidos, el sabio misionero ha enviado al *Museum*, donde está expuesta su colección, muchas especies completamente nuevas. La China del Norte tiene una fauna bastante homogénea, pero la China del Sur forma un conjunto abigarrado, desconocido hasta ahora, y que comprende, al mismo tiempo, especies septentrionales y meridionales.

M. David llama de paso la atención de los geólogos sobre los yacimientos de carbon que monsieur Richthoffen acaba de estudiar especialmente, y que son muy numerosos en el interior; y describe una formación cuaternaria muy notable que ha examinado en Hoang-Keon. Son capas inmensas que no encierran ningun fósil marino, y que tienen generalmente un espesor de varios centenares de pies.

El abate David termina esta comunicación por algunas consideraciones sobre la población de China, que cree mayor de los cien millones de habitantes que le atribuye M. Richthoffen. En apoyo de su opinión cita las estadísticas de varios misioneros, y, partiendo de la población media de los cantones primero y de los departamentos despues, deduce una cifra de 300 millones de habitantes en todo el Imperio celeste, que es lo que le parece más aproximado á la verdad. Explica la divergencia que existe entre los autores actuales en este punto, por los grandes cambios realizados en la población á causa de los trastornos recientes. La mitad, las dos terceras partes y hasta las cuatro quintas partes de los chinos han desaparecido de ciertas localidades.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

El gobierno prusiano ha destinado una buena parte de la indemnización de guerra que le ha pagado Francia á aumentar el presupuesto de Bellas Artes, y gracias á ello ha podido adquirir el Estado una importantísima colección de cuadros, el museo llamado de Suermondt, que le ha costado 340.000 thalers (unos cinco millones de reales próximamente).

Las escuelas francesa é italiana tienen poca representación en esta colección, pero las escuelas españolas tienen en ella numerosas y magníficas muestras. Cuando el museo de Berlin se abrió al público casi no poseía cuadros españoles, pero despues se compraron algunos Murillos en las ventas del mariscal Sout y del rey Luis-Felipe, especialmente el famoso *San Antonio de Pádua*.

La galería Suermondt encierra veintinueve lienzos de pintores españoles de gran importancia. Entre los antiguos figuran Alonso Cano, Coello y Velazquez. De este último hay dos retratos, uno de ellos de la reina Isabel, de tamaño natural, y en pie. Murillo está representado por una obra de primer orden, una Virgen sentada con el niño Jesús. También llaman la atención dos lienzos de grandes dimensiones, un *San Antonio de Pádua* de Antonio Pereda, y un *Cristo en la cruz* de Mateo de Cerezo. Así lo consigna una carta de Berlin, y así lo reproducimos, no sin añadir que la escuela flamenca está representada por tres magníficos cuadros de Van Eick, y la alemana del siglo XVI por otros tres de Holbein.

* * *
En Paris se están haciendo por M. Coblence clichés galvánicos, cuyo objeto es sustituir á la estereotipia antigua. Por un procedimiento parecido al de los galvanos actuales de grabados, se hacen ya de texto y de láminas, de modo que envuelve un gran adelanto, especialmente en los precios, pues se obtienen clichés de texto con grabados á un céntimo de franco el centímetro cuadrado.

* * *
En Brive (Francia) se han dado varios casos de contagio de la sífilis en señoras asistidas en el acto del parto por una mátrona que tenía una pequeña herida en un dedo. Las circunstancias dramáticas que acompañaron á estos casos son fáciles de comprender, y produjeron gran excitación en todo el país. De las averiguaciones judiciales han resultado 15 señoras, 9 maridos y 10 recién nacidos (de los cuales han fallecido la mayor parte), contagiados todos por la pequeña herida de la matrona, la cual ha sido condenada á dos años de prisión y 50 francos de multa. *Les Mondes*, al publicar esta noticia, indica la posibilidad de que la matrona hubiese sido contagiada á su vez, con anterioridad, en el ejercicio de sus funciones.

* * *
En Nuremberg se está preparando una exposición de las obras del célebre Kaulbach, y en Berlin ya se ha abierto, con inmensa concurrencia, otra exposición exclusivamente particular de todas las obras del gran pintor, reproducidas por el grabado ó la fotografía. El principal atrac-

tivo de esta coleccion, reunida por el dueño de un establecimiento de objetos de arte, es que se puede juzgar á Kaulbach en todos sus aspectos artisticos. El público alemán conoce bien todas las obras que han salido de su pincel ó de su lapiz; pero, sin embargo, está llamando mucho la atención el grabado de un retrato del autor, del que no se conocian más que reproducciones malas. Se halla en traje de taller, y tiene la paleta en una mano y en la otra un lienzo.

* *

El corresponsal del *Pall Mall Gazette*, que reside en Plymouth, anuncia unos experimentos que se van á hacer en aquel puerto con una madera preparada de modo que no puede ser inflamable, y por lo tanto es muy á propósito para la construcción de buques. El único inconveniente que hasta ahora presenta el descubrimiento es el de los grandes gastos que exige la preparación; pero, sin embargo, el almirantazgo ha decretado la construcción de dos buques, uno de madera ordinaria y otro de madera preparada; los cuales serán cargados de materias, inflamables é incendiados al mismo tiempo. El resultado determinará la conveniencia del descubrimiento. Por ahora no puede hacerse más que admirar la resolución de los ingleses, que todo lo ensayan y todo lo intentan, aunque se trate de descubrimientos que se presentan bajo malos auspicios; porque, en realidad, el de que se trata, no sólo cuesta mucho la preparación de la madera, sino que exige grandes gastos la prueba de los dos buques decretada por el Almirantazgo, y, además, hay que entregar una gran cantidad al inventor del procedimiento.

* *

En París se ha estrenado, aunque no para el público todavía, una ópera titulada *La Esclava*, de un compositor desconocido hasta ahora, monsieur Membreé. El éxito ha sido bastante satisfactorio. Continuará por algunos días poniéndose en escena por vía de estudio, con asistencia de los periodistas y profesores de los establecimientos artisticos de París; y en el invierno próximo se dará al público.

* *

El café, cuyo uso es tan comun, está siendo objeto de experimentos de los químicos, bajo el punto de vista de la acción tóxica de su extracto. El *Journal des connaissances médicales* cita los experimentos de M. Offret, de los cuales resulta que el extracto de café es tanto más tóxico cuanto los granos hayan sido más tostados.

* *

En Cherburgo se han hecho ensayos de torpedos con el resultado más satisfactorio (!!!), según dice la *Revue Britanique*. A una señal dada, un torpedo que contenía 1.500 kilogramos de pólvora, y estaba sumergido á 19 metros de profundidad y 7 de distancia del buque *Requin*, estalló con gran estrépito, y el barco fué lanzado por los aires á muchos metros de altura, cayendo después en pedazos, cubriendo la superficie del agua de pequeños fragmentos, el mayor de los cuales no tenía dos metros. Este resultado ha excedido todas las esperanzas, según las comunicaciones oficiales remitidas al ministerio de Marina de Francia,

y los espectadores quedaron *entusiasmados*. La *Revue Britanique* pregunta con mucha razón si habrá el mismo entusiasmo cuando los combates navales sean, por esos medios, lluvias de cadáveres descuartizados.

* *

M. H. Antkony, de Nueva-York, acaba de fabricar un foto-papel sensible, que puede conservarse mucho tiempo sin deterioro por el procedimiento siguiente: Se disuelven dos gramos de nitrato de plata en 32 gramos de agua, y se añade 0,133 gramos de ácido cítrico. Cuando está hecha la disolución se añade amoníaco hasta que cesa la precipitación. Entonces se disuelve de nuevo en ácido nítrico y se deja la solución hasta que sólo queda una pequeña proporción del citrato de plata precipitado. Se le deja posar completamente, y por cada 2 litros 340 mililitros se le añaden once gotas de ácido nítrico. Se pueden sensibilizar hojas de papel albuminado ordinario dejándolas nadar en esa solución durante un minuto y medio. El papel preparado por este procedimiento es tan blanco después del quinto día como el primero.

* *

Ha fallecido en Londres el astrólogo conocido por el nombre de Zadkiel Taosze, autor de un almanaque, del cual se vendían anualmente millones de ejemplares. Antes de dejar este mundo ha revelado su verdadero nombre, que era R. James Morrison, capitán de navío de la Armada inglesa y hombre de ciencia muy notable, que había conseguido formarse una gran renta con las profecías de su almanaque, publicado siempre con nombre supuesto. ¿Sucederá lo mismo en España con los célebres zaragozanos Yagüe y Castillo?

* *

El doctor Richardson, distinguido micrógrafo americano, propone en el *Philadelphia Medical Times* un medio, tan sencillo como práctico, para remitir por el correo dentro de las cartas *muestras de enfermedades*, como se envían muestras de comercio, y facilitar las consultas con médicos determinados. Póngase un pequeño fragmento de un tumor ó de un tejido patológico cualquiera, de una cuarta parte de pulgada cuadrada de tamaño y una línea ó dos de espesor en un par de dracmas de solución de acetato de potasa, y déjese que se empape completamente del líquido durante cuarenta y ocho horas. El mejor medio de hacer la solución es verter en un frasco limpio media onza de agua llovediza y una onza de acetato de potasa granulado. Cuando el tejido está perfectamente saturado de este líquido salino, se le saca con pinzas sin apretarlo demasiado, y se le mete en un pequeño tubo de cautchuc, ó se le envuelve en hule de tafetan, teniendo cuidado de ligar fuertemente las esquinas. Así preparado el objeto se puede poner dentro de un sobre y expedirse sin peligro por el correo, tan lejos como se quiera.

* *

Ha fallecido en Inglaterra un célebre jugador de ajedrez de primera fuerza, Mr. Staunton, que á la vez era muy conocido por sus trabajos literarios; había publicado una edición de Shakspeare, las memorias del mismo, correcciones de los pasajes falsificados del gran poeta, y otras varias

obras muy notables, además de las especiales del juego de ajedrez, que son cuatro, y gozan de gran autoridad.

* *

Sabido es que los ingleses tienen una afición desmedida por la estadística. Un periódico científico de Londres acaba de darnos á conocer los siguientes datos. Londres mide de Este á Oeste 25 kilómetros de extensión; su anchura es de 13 kilómetros, y su superficie de 34.000 hectáreas (seis ó siete veces la de París, comprendidas las fortificaciones). Sus 4.025.000 habitantes viven en 23.000 calles, que si se pusieran á lo largo, una despues de otra, harían una extensión igual á la distancia de Londres á Punta de Gales, en la isla de Ceylan. El gasto anual de gas es de 10.400 millones de pies cúbicos ingleses, de los cuales se pierden 1.400 por diferentes causas. Esta cantidad de gas luce por 490.000 mecheros, que consumen 15 millones de pies cúbicos en las veinticuatro horas. Hay en Londres 1.000 iglesias y oratorios. Las tabernas son más de 4.500.

* *

El 1.º de Agosto tendrá lugar en Birmingham una ceremonia interesante: la inauguración de una estatua de Priestley, para celebrar el centenario del descubrimiento del oxígeno. Priestley vivía, como es sabido, en Birmingham, y su laboratorio fué incendiado por fanáticos á causa del entusiasmo con que el gran hombre había saludado á la revolución francesa. *La Nature* lamenta que en Francia no se haga nada para solemnizar la parte que tomó Lavoisier en el descubrimiento del oxígeno, y los inmensos resultados que obtuvo para la ciencia.

* *

Los grandes bancos de anchoas que se dirigen de Oeste á Este en el Mediterráneo, son este año de una abundancia extraordinaria. Estas legiones de pescados, apretados los unos contra los otros, cubren una superficie de varios kilómetros cuadrados, y sólo pueden contarse por millones. Algunos grandes pescados siguen estas masas animadas, devorando su retaguardia. La abundancia de anchoas en el Mediterráneo es una fuente de riqueza para las poblaciones de la costa y para la industria salazonera, como la abundancia de arenques lo es para las poblaciones de los mares del Norte.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Vikramorvasi, drama del poeta indio Kalidasa, en cinco actos. Version directa del sanskrito, por D. Francisco García Ayuso. Un tomo en 8.º de 136 páginas. Madrid, 1874.

El drama es uno de los géneros literarios que con más propiedad puede dar á conocer un pueblo, y en este concepto ahora vamos á completar ó rectificar el conocimiento que tenemos del pueblo indio, gracias al Sr. García Ayuso, que se propone publicar una *Biblioteca sanskrita*, de la cual es la primera obra la que anunciamos. El drama *Vikramorvasi* pertenece al género heroico mitológico, y dado el carácter especial del pueblo indio, claro es que este género es el más á propósito para dar á conocer sus costumbres, sus ideas, su modo de sentir, su carácter peculiar. El drama indio no tiene su origen en el de ningún otro pueblo; es original, característico y muy anterior al drama europeo. Kalidasa es en sus obras (*Sakuntala* y *Urbaçi*, además de *Vikramorvasi*) tierno, delicado, de gran profundidad de pensamiento y de clarísimo ingenio.

El argumento de *Vikramorvasi* se reduce á la caída del rey Pururavas, producida por el amor puro y verdadero á una mujer escogida por su corazón, olvidando los compromisos que ya tenía contraídos por razón de Estado. En su exposición, en su desarrollo, hasta en su desenlace, hay tal poesía, tal encanto, tanta naturalidad, que admira un conjunto tan acabado. El Sr. García Ayuso ha hecho una versión muy notable directamente de la lengua sanskrita, y con esta publicación y la de los *Estudios sobre el Oriente*, que también ha empezado, está prestando un verdadero servicio á los hombres estudiosos de nuestro país, para quienes las obras del Sr. García Ayuso tienen además el atractivo de una gran novedad.

* *

La familia Gogo, por Ch. Paul de Kock. Un tomo en 8.º de mucha lectura. Un volumen de la *Biblioteca festiva*; 4 reales en Madrid, 5 en provincias. Medina y Navarro, editores. Rubio, 25, Madrid, 1874.

Véase la colección de las obras de Paul de Kock publicadas en esta *Biblioteca*, página tercera de la cubierta de este número.

* *

Obras escogidas de Moreto.—Un tomo en 8.º de 285 páginas.—Madrid, 1874.

Obras escogidas de Fray Gerundio.—Un tomo en 8.º de 242 páginas.—Madrid, 1874.

Obras escogidas de Alarcon.—Un tomo en 8.º de 291 páginas.—Madrid, 1874.

Estos son los tres libros que ha publicado últimamente la *Biblioteca nacional económica*, que dan á luz con gran aplauso dos distinguidos escritores madrileños. El primero de dichos volúmenes comprende las comedias de Moreto *El desden con el desden*, *La traición vengada* y *El lindo D. Diego*; el segundo capilladas de Leon y de Madrid de D. Modesto Lafuente; y el tercero las comedias de Alarcon *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen* y *Los pechos privilegiados*. Es una publicación importante y económica (seis reales cada tomo), por la cual felicitamos á los editores.

Propiedad literaria.

Relacion de las obras presentadas en el Ministerio de Fomento en el mes de Junio de 1874.

- Almirante.—Diccionario militar, 1 t. folio.
 Dorvault.—La oficina de farmacia, 1 t. 4.º
 Gintrac.—Tratado teórico y clínico de patología, 1 t. 4.º
 Aparisi y Guijarro.—Obras, 3 t. 8.º
 Vestey.—Galería de gallegos ilustres, 1 t. 8.º
 Flores.—Compendio de ortografía teórico-práctica, 1 t. 4.º
 El mundo cómico, cinco números.
 Sanchez.—Nuevo sistema de corte de prendas, 1 t. 8.º
 Villar.—Una cuestion mecánica, 1 t. 8.º
 Verne.—La isla misteriosa, entregas segunda y tercera.
 Maffei y Figueroa.—Apuntes para una biblioteca española relativa al conocimiento y explotación de las riquezas mineras, 2 t. 4.º
 Aldana.—Las minas y la industria, 1 t. 8.º
 La culebra maldecida ó el monstruo de Manzanares, una hoja.
 Gonzalez Serrano y Revilla.—Elementos de Etica, 1 t. 8.º
 Madrazo.—De la gracia de indulto, Memorias, 1 t. 4.º
 La correspondencia teatral.—El Tóreo; varios números.
 Delaunay.—Tratado de mecánica racional, 1 t. 4.º

Obras dramáticas: Lima: Valeriana, 1 a.—Lastra: De vuelta del otro mundo, 1 a.—Larra: La conquista de Madrid, 5 a.—Ponce y Carranza: El alma en un hilo; 2 a.—Aranaz: Sancho de Vargas, 2 a.—Leon: No me caso con mi tío, 1 a.—Blanc: La pena capital, 1 a.—Carreras: Sueños de amor, 3 a.—Jackson: La primera lágrima, 1 a.—Ramos Carrion: Doce retratos seis reales, 1 a.—Granés: El gato en la ratonera, 1 a.—Ramos: Leon y leona, 1 a.—Escosura: Los dos sordos, 1 a.—Campo Arana: Las orejas del lobo, 1 a.—Saco: Celos con celos se curan, 1 a.—Cano: Estrella la gitana, 1 a.—Acebo: La soirée de los calaveras, 1 a.—Lustonó y Barrera: Un David callejero, 1 a.—Povedano: Doña Casimira, 1 a.

Erckmann-Chatrian.—Une campagne en Kabylie; Les anneés de college de Maitre Nablót; Une Veillée au village, 1 t. 8.º
 J. Verne.—Le Docteur Ox, Maitre Zacharius; Un drama dans les airs; Un hirvenage dans les glaces, 1 t. 8.º
 Oeuvres completes de E. Scribe, 1 t. 18.º
 Bermudez de Castro.—La Sultana, 1 t. 8.º
 Vanloo y Leterrier.—Giroflé-Girofla, 1 t. 12.º
 Magasin d'education et de recreation, 4 cuadernos.

Imprenta de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, Rubio, 25.